

nerudiana

Fundación Pablo Neruda

Santiago Chile nº 8

Diciembre 2009

Director **Hernán Loyola**



escriben

Abraham Jesús Brito
Gunther Castaneda P.
Alejandro Cotera
Greg Dawes
Julio Gálvez B.

Edmundo Herrera
Pedro Lastra
Brenda Müller
Edmundo Olivares
Darío Oses

Víctor Pey
Enrique Robertson
Inés Rubio Riquelme
Edith Scandro
Mario Valdovinos

Sumario

Neruda 1969: <i>Aún</i> Un mundo no leído aún en sus totales BRENDA MÜLLER	4
DOSSIER: <i>WINNIPEG</i> Cómo me embarqué en el <i>Winnipeg</i> VÍCTOR PEY	7
El conflicto que amenazó la misión del <i>Winnipeg</i> JULIO GÁLVEZ BARRAZA	10
El <i>Winnipeg</i> sin Neruda GUNTHER CASTANEDO PFEIFFER	12
La hazaña del <i>Winnipeg</i> : furiosos ecos en Madrid ENRIQUE ROBERTSON	14
Algo sobre la naturaleza y su representación en Pablo Neruda DARÍO OSES	15
Neruda y la resistencia a los antibióticos PROF. DR. ALEJANDRO COTERA	18
TESTIMONIOS	
Con Neruda en 1958 EDITH SCANDRO	21
Con Neruda en Budapest (1965) Dra. INÉS RUBIO RIQUELME	22
Neruda 1969: un viaje al corazón de Isla Negra FERNANDO BARRAZA	23
1972: Neruda y <i>María</i> PEDRO LASTRA	25
Septiembre de 1973: una primavera dolorosa EDMUNDO HERRERA	27
CRÓNICAS	
Neruda 1959: ventura y desventura de una carta EDMUNDO OLIVARES	29
Aniversario fallecimiento de Pablo Neruda Santiago Vivanco: exposición de Neruda en Cáceres ADRIANA VALENZUELA P.	30
PUBLICACIONES	31
RESEÑAS	
Neruda en UDP (<i>Valdivinos</i>) Jason Wilson (<i>Dawes</i>) Nicola Bottiglieri (<i>Loyola</i>)	33 36 38
Décimas para recibir a Pablo Neruda (1943) ABRAHAM JESÚS BRITO	40

Los juicios y opiniones vertidos en los artículos y demás materiales aquí publicados, son responsabilidad de sus respectivos autores.

Ilustraciones: *Art populaire de découpage en Chine*. Impreso en Maison Jong Pao Tchai Sin Ki, Pekín. De la biblioteca del poeta (FPN).

nerudiana

n° 8 Diciembre 2009

director y editor
Hernán Loyola

secretaría de edición
Adriana Valenzuela

diseño y diagramación
Juan Alberto Campos

FUNDACIÓN PABLO NERUDA
Fernando Márquez de la Plata 0192
Providencia, Santiago Chile



nerudiana

8

E

STE NÚMERO

Entre las efemérides nerudianas de los años terminados en 9, ninguna supera a la gesta del *Winnipeg* (1939). Su celebridad histórico-política ha determinado importantes homenajes y conmemoraciones en todo el mundo durante 2009, a los que nuestra modesta *nerudiana* agrega aquí un pequeño dossier simbólico. Tampoco han faltado, por cierto, mezquinas tentativas de rebajar el valor de la hazaña. Se encuentran sobre todo en la prensa conservadora de Chile, que sigue en esto la tradición de la prensa franquista (ver la nota del *ABC* madrileño, 1940, que reproducimos). Cuánto significó la proeza para Neruda mismo, sólo sus propias palabras logran decirlo. Desde luego, la fórmula “El *Winnipeg* y otros poemas” con que tituló un artículo de personal evocación publicado por la revista *Ercilla* de Santiago en septiembre de 1969 (ahora en *OC*, V, 244-247), del que cito:

«Me gustó desde un comienzo la palabra *Winnipeg*. Las palabras tienen alas o no las tienen. Las ásperas se quedan pegadas al papel, a la mesa, a la tierra. La palabra *Winnipeg* es alada. La vi volar por primera vez en un atracadero de vapores, cerca de Burdeos. Era un hermoso barco viejo, con esa dignidad que dan los siete mares a lo largo del tiempo. Lo cierto es que nunca llevó aquel barco más de setenta u ochenta personas a bordo. Lo demás fue cacao, copra, sacos de café y arroz, minerales. Ahora le estaba destinado un cargamento más importante: la esperanza.»

El artículo de Neruda es rico en curiosos detalles de la aventura, por ejemplo la importante cuanto inesperada ayuda financiera que aportó una secta religiosa, la de los cuáqueros:

«Me declaro abominablemente ignorante en lo que a religiones se refiere. Esa lucha contra el pecado en que éstas se especializan me alejó en mi juventud de todos los credos y esta actitud superficial, de indiferencia, ha persistido toda mi vida. La verdad es que en el puerto de embarque aparecieron estos magníficos sectarios que pagaban la mitad de cada pasaje español hacia la libertad sin discriminar entre ateos o creyentes, entre *pecadores* o *pescadores*. Desde entonces cuando en alguna parte leo la palabra *cuáquero* le hago una reverencia mental.» Lo más decidor, sin embargo, son las dos líneas conclusivas:

«Que la crítica borre toda mi poesía, si le parece. Pero **este poema**, que hoy recuerdo, no podrá borrarlo nadie.»

Nuestro dossier incluye un testimonio de Víctor Pey, que entre otros méritos tiene el de desmentir las acusaciones de discriminación partidaria al momento de aceptar o rechazar a los postulantes al embarque. De una investigación de Julio Gálvez extractamos su relato del mortal peligro (el retorno a Francia ahora en guerra) que corrieron los refugiados, mientras Gunther Castanedo nos entrega una breve historia del barco mismo.

El resto del número, aparte las secciones de crónicas y reseñas, trae variados materiales: una serie de testimonios sobre encuentros con Neruda; textos de Alejandro Cotera y Darío Oses sobre la intuición científica del poeta; y un análisis de Brenda Müller sobre *Aún* (1969), el rápido y breve volumen con que Neruda saludó su 65º cumpleaños.

—El Director

loyolalh@gmail.com

Neruda 1969: AÚN

Un mundo no leído aún en sus totales

BRENDA MÜLLER

Universidad de Chile

Aún es el título de un *long poem* dividido en veintiocho fragmentos, que Pablo Neruda escribió de un tirón entre el 5 y el 6 del mes de julio de 1969, vale decir, a pocos días de su 65° cumpleaños. Con igual premura requirió a Nascimento la impresión del texto. Enviados por el paciente impresor justo el día anterior al 12 de julio, el autor repartió por lo menos la mitad de los quinientos ejemplares entre sus amigos. Estos datos, señalados por Hernán Loyola¹, permiten situar al Sujeto poético de este texto en el talante del cumpleaños, mezcla de júbilo y melancolía, sorprendido en el *hoy* de la senectud de su vida capaz de moverse lúcida y lúdicamente revisando y ponderando lo que ha sido su historia hasta ese momento y proyectándose lleno de entusiasmo, pero con humildad hacia un futuro que para él es sólo el día que comienza.

La lectura enfoca entonces un Yo enunciator que festeja recordando, que celebra la experiencia vivida y por vivir. Alegría y tristeza se articulan (o no se arti-

culan) alrededor de la fecha: *Ahora en este 65 que cumpla / mirando hacia atrás, / hacia arriba, / hacia abajo* (III). En el extratexto, la experiencia de un nuevo amor (Alicia) y el delicado estado de salud del poeta. Nostalgia y afirmación tensionan el mundo en que se mueve el hablante de este texto. El título del poemario, *Aún*, opera como nexo o puente desde ese día común que se inicia a plena luz hacia un *hoy* que se ofrece como una promesa vestida de mujer, de agua, o geografía, único *hoy* que el Sujeto todavía puede celebrar: *honor del día fresco, / la juventud del rocío, / la mañana del mundo, / lo que crece a pesar / del tiempo amargo: / el orden puro / que necesitamos* (XXVII).

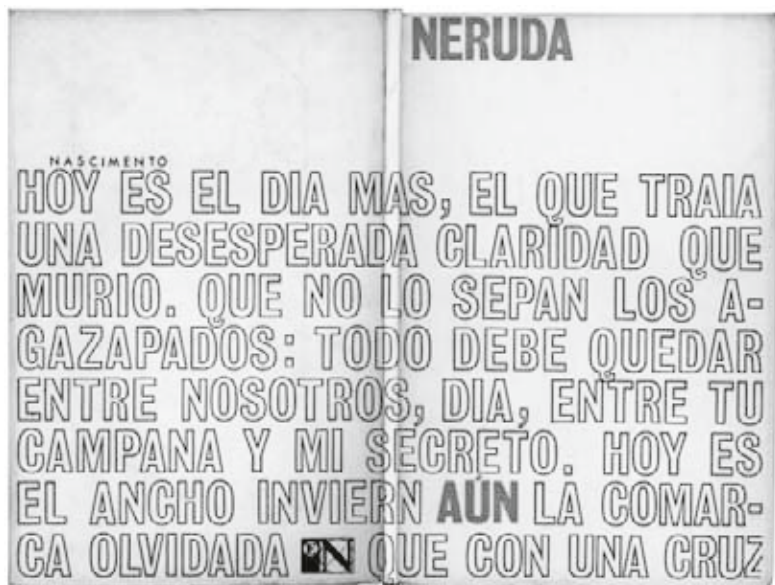
EL PODER DEL AGUA: LA LLUVIA
QUE AGRADECE MI CORAZÓN AMARGO (I)

El agua es el elemento que posibilita la reafirmación del Yo enunciator: *Hoy cuando el sol comenzó con sus espigas / a*



contar el relato más claro y más antiguo / como una cimitarra cayó la oblicua lluvia. Un día cualquiera de sol invernal se transforma abruptamente en un denso día de lluvia. Lluvia que cae como una espada y activa sus recuerdos, transportando al hablante al espacio del sur de Chile, espacio que para el sujeto poético significa también geografía de sí mismo: lugar del origen, fuente de energía creadora. ... *hoy otra vez renaces y con el agua negra del cielo me confundes y me obligas* (I). El agua inunda, desdibuja, borra las formas de las cosas, alterando lo establecido por la norma y llama a recomenzar una vez más. Esta lluvia que cae con fuerza, desconcertando y reclamando al poeta, lo *devuelve a la comarca olvidada*, es decir, lo introduce en otra lluvia, en otra geografía, en el originario espacio energético que necesita para sus tareas pendientes: *debo reanudar mis huesos en tu reino, / debo aclarar aún mis deberes terrestres* (I).

Pero esta *agua negra*, densa que le redescubre o devela nuevamente al Sujeto el lugar del origen, es también el espacio en el cual se encuentra la muerte soterrada. Volver a la *comarca olvidada* marcada con una *cruz en el mapa* puede ser también aproximarse a la muerte en este espacio energético que como tal alberga destrucción y renovación. La lluvia lo sorprende y le *devuelve el agua desplomada en el*



techo de su infancia y lo fuerza a reencontrarse no sólo con las provincias del agua como región de su niñez, sino también con aquella agua extensa que todo lo inunda, que todo lo abarca, es decir, con la eternidad, ámbito en el que sucede la vida y acontece la muerte. Aquella agua que también caía copiosamente en una prosa de 1938², “La copa de sangre”, reflexión motivada por uno de sus regresos al sur. En este texto el poeta cuenta el cambio de tumba de los restos de su padre para reunirlos con los de la *mamadre*, y la gran impresión que le causó ver el agua de lluvia que caía profusamente del ataúd mientras efectuaban el traslado:

Ahora bien, esta agua terrible, esta agua salida de un imposible, insondable, extraordinario escondite, para mostrarme a mí su torrencial secreto, esta agua original y temible me advertía otra vez con su misterioso derrame mi conexión interminable con una determinada vida, región y muerte.

El agua permite al Sujeto volver a la región original para renacer, para retornar a su canto, a la vida, pero también lo insta a asomarse al ámbito de su propia muerte: *Araucanía, rosa mojada, diviso / adentro de mí mismo o en las provincias del agua / tus raíces, las copas de los desenterrados, / con los alerces rotos, las araucarias muertas* (II). El lugar evocado, con sus muertos queridos y bosques devastados³, da cuenta de un temple de ánimo atribulado, donde la energía que dinamiza la vida se interna ahora en el ciclo de la destrucción, tanto en el hablante mismo como en la región energética original, como un solo espacio sacralizado, en el cual sujeto y objeto se confunden, se asimilan, mimetizándose.

EL PODER DE LA TIERRA: LA TIERRA ME PROPONE, ME DISPONE Y ME EMBARGA (XIV)

Para el sujeto poético de *Aún* el espacio que lo reclama y lo obliga a retomar su vida y a desafiar a la muerte es la *tierra*, porque en ella arraiga la energía de la creación, de igual modo como arraiga en él, acaso por ser tierra también, la energía de su praxis poética, como lo advierte en el

fragmento (VI): *Perdón si cuando quiero / contar mi vida / es tierra lo que cuento. / Ésta es la tierra. / Crece en tu sangre / y creces. / Si se apaga en tu sangre / tú te apagas*. Pero ¿cuál es la tierra que convoca al poeta? El hablante lo resume como un ámbito entrañable al final del fragmento (XIV): *todo lo que se llama lluvia y se llama patria / lo que te ignora y te hiere y te acaricia a veces*. No sólo el espacio natural, sino también el ser humano y su experiencia social, histórica: *mi casa, mi Partido, en el fuego de cada día*, (XIV) pero además la experiencia negativa de esa sociedad: *Eres también patria plateada y huesos mal, / a rencor, a borrasca, a escalofrío* (II). Tierra es igualmente la mujer: *Invierna, Araucanía, Lonquimaya! / Leviathana, Archipiélaga, Oceana!* (III). Quizás una mujer cifrada en geografía sureña, si se atiende al extratexto, pero conviene tener presente la imagen de la mujer en todo el universo nerudiano. La mujer al interior de este imaginario poético aparece la mayoría de las veces representada en complicidad con la materia, vale decir, dotada de una capacidad para entenderse con la naturaleza que escapa al sujeto masculino que la describe. El hablante nerudiano ve en la mujer la misma oquedad, el mismo silencio, aquella interioridad velada desde donde emerge la vida.

Esta tierra, este mundo representado, se posiciona en el texto como el sur total, espacio que se abre con el paisaje de la infancia, es decir, con Temuco y sus alrededores, pero que se prolonga hasta el lejano y mítico Polo Sur. El extremo austral de Chile es todavía hoy considerado puerta de entrada a un espacio remoto y poco conocido para el habitante de la urbe, debido a la dureza de su clima y de su geografía. La belleza del paisaje, sin embargo, no deja indiferente a nadie, lugar de vegetación exuberante, de mares tempestuosos, bosques nativos con árboles milenarios, agua abundante en forma de lagos, ríos y glaciares son algunos de los rasgos que remiten a un escenario natural, casi primigenio, escasamente poblado. Neruda visitó esta zona el mismo año que escribió este poemario y quedó deslumbrado por la grandeza del paisaje, como lo se-



ñala en una crónica escrita para la revista *Ercilla*⁴ publicada el 26 de marzo de 1969, donde relata también, el magnífico espectáculo de una puesta de sol en Aysén:

Y el cielo trabajaba su crepúsculo con cendales y metales: centelleaba el amarillo en las alturas, sostenido como un pájaro inmenso por el espacio puro. Todo cambiaba de pronto, se transformaba en boca de ballena, en leopardo ardiendo, en luminarias abstractas.

Sentí que la inmensidad se desplegaba sobre mi cabeza, nombrándome testigo del Aysén deslumbrante, con sus cerreríos, sus cascadas, sus millones de árboles muertos y quemados que acusan a sus antiguos homicidas, con el silencio de un mundo en nacimiento en que está todo preparado: las ceremonias del cielo y de la tierra.

Paisaje que se visualiza igualmente al interior del mundo representado en este poemario: *aquella catarata / que en el salvaje Aysén cae partiendo / una roca en dos senos salpicados* (XIV). No sólo el sur de la infancia, sino todo el sur, el extremo austral como camino, como umbral de lo desconocido, después sólo la soledad del Polo abismal⁵. Toda esta es la tierra que reclama al Sujeto hablante de *Aún*. Geografía silenciosa, pero en la que bulle la energía creadora, la vida en su dinámica de destrucción y renovación.

BRINDIS

El cinco y seis de julio de 1969,
faltando algunos días para sus
sesenta y cinco cumplea-
ños, escribió Pablo Ne-
ruda este poema que
publica su primer
editor: Nacimiento.
Estos son, pues, los
más recientes versos del
poeta y los dedica a quie-
nes, en Chile y otras nacio-
nes, lo estiman o lo aman. Se
imprimieron quinientos ejempla-
res numerados, de los cuales 250 fue-
ra de comercio y firmados por el autor.

130

Lugar donde la palabra emerge desde lo subterráneo, desde las raíces, desde la interioridad enigmática de los volcanes, desde la mujer signada en geografía sureña, del *agua extensa, de los caballos sudando en la lluvia*, de la historia haciéndose todavía como una promesa en *las ciudades inconclusas, en las páginas del bosque no leídas aún en sus totales*. Espacio que convoca al poeta para que festeje la vida, pero que también lo espera para acoger su muerte en la soledad absoluta que vislumbra en la lejanía polar: *el amor de la tierra insoportable, / con aquellos caminos que me llevan / al Polo Sur, entre árboles quemados* (II). Por eso el Sujeto hablante no puede arraigarse en otro espacio, en otros lugares, donde pareciera que ya todo está construido, escrito, canonizado: *sube hasta el Partenón, Racine dirige / los árboles rimados y Petrarca / sigue siendo de mármol y de oro* (XIV).

En cambio, en este sur total la historia todavía está construyéndose; los parques son aún bosques frondosos y las *catedrales* nacen de debajo de la tierra, son raíces monumentales volcadas hacia arriba, como la propia palabra del Sujeto poético naci-

da también de la *tierra*. Por lo mismo cuando el hablante estuvo ausente de este espacio nutricio, recorriendo, andando otros lugares, siempre llevó consigo su principio, su final: *con mi volcán a cuestras, / con mi nieve, / con fuego austral y noche calcinada* (XII).⁶ ♦

NOTAS

¹ Neruda, Pablo. *Maremoto/Aún/ La espada encendida/ Las piedras del cielo*. Edición y notas de Hernán Loyola. Barcelona, Debolsillo, 2004, p.168.

² Neruda, Pablo, "La copa de sangre" en: *Obras completas*, edición de Hernán Loyola, Barcelona, Círculo de Lectores & Galaxia Gutenberg, vol. IV, pp. 417-418.

³ Neruda se refiere en varias oportunidades en sus escritos en prosa a estos bosques nativos del sur de Chile talados o incendiados por el hombre sin piedad, con el fin de darle un nuevo uso al suelo, o bien derribados por la violencia de la propia naturaleza. Así lo describe en el artículo "La cazadora de raíces": *Allí los grandes árboles fueron tumbados a veces por setecientos años de vida poderosa o desarraigados por la turbulencia o quemados por la nieve o destruidos por el incendio. He sentido caer en la profundidad del bosque los árboles*

titánicos: el roble que se desploma con un sonido de catástrofe sorda, como si golpeará con una mano colosal a las puertas de la tierra pidiendo sepultura. (OC, V, Nerudiana dispersa II, pp. 206-207).

⁴ Neruda, Pablo, "Crepúsculo en Aysén" en: *Obras Completas V*, Nerudiana dispersa II 1922-1973, Edición de Hernán Loyola, pp. 212-214.

⁵ El Polo Sur en el imaginario colectivo universal y también al parecer en Neruda, ha estado siempre rodeado de un aura especial, mágica, como territorio de lo ignorado y remoto donde todo acaba, espacio de la soledad y del silencio total. El poeta da cuenta de esta circunstancia y advierte respecto a la cercanía del territorio chileno con el Polo en uno de sus últimos textos en prosa, "Mi casa allí entre las rocas": *Aquí en el sur del Pacífico hay que poner atención: la tierra se termina... Unas leguas más o menos... y sobreviene el Polo, sobresalta el Abismo...* (OC, V, Nerudiana dispersa II, p. 384).

⁶ Para la redacción de esta nota he consultado también: Mircea Eliade, *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, Labor, 1967.



Cómo me embarqué en el Winnipeg

VÍCTOR PEY

Ingeniero

18 de julio de 1936. Había pasado la noche casi en vigilia. Una alarma generalizada por las noticias sobre militares en rebelión contra el gobierno en las Islas Canarias y en el norte de Marruecos me había mantenido insomne, en una temerosa alerta, recordando los sucesos dramáticos que había vivido en las calles de Barcelona dos años antes, tras la llegada al poder de los dirigentes de la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) y del histórico Partido Radical, cuando fuerzas militares derrocaron al gobierno de la Generalitat, sofocando con una violencia desproporcionada la resistencia

intentada por algunas organizaciones de trabajadores. Había sido testigo presencial de la brutal respuesta que los militares habían dado a un grupo de trabajadores del CADCI (Centre Autonomista de Dependents del Comerç i de la Indústria) que se habían atrincherado en las Ramblas, en su local social, armados con algunas armas cortas en un acto de simbólica adhesión al gobierno de la Generalitat. Los efectivos del Ejército, al mando del General Goded, llevaron a ese lugar dos cañones de 7,5 cm. y bombardearon, lisa y llanamente, la sede social del CADCI. Esos recuerdos de violencia y de represión política sobre muchas personas conocidas, me quitaron el sueño en esa madrugada del 18 de julio de 1936 y me levanté varias veces para asomarme a una ventana.

Serían pocos minutos más de las seis de la mañana cuando, al asomarme una vez más a la calle, vi bajar por la calzada de la calle Urgell, procedentes de la Diagonal y en formación de combate, a una numerosa fuerza militar que se dirigía



hacia el centro de la ciudad. Después supe que otro pelotón de militares hizo el recorrido por la Diagonal, bajando por la calle de Aribau. Se me hizo evidente que la sublevación militar, iniciada en las Islas Canarias y Marruecos el día 17 de julio, había determinado en Barcelona el levantamiento del Regimiento de Pedralbes, que en la madrugada de ese día 18 salió de su Cuartel, dirigiéndose por la Diagonal hacia el casco antiguo de la ciudad para ocupar sus centros neurálgicos y derrocar al gobierno de la Generalitat de Catalunya, presidido a la sazón por el Presidente Lluís Companys.

Vivía con mi madre y mis hermanos, Diana y Raúl. Mi padre había fallecido en septiembre del año anterior, sumido en el temor por el cariz que iban tomando los acontecimientos en España, ante la creciente expansión del fascismo italiano y el nazismo alemán en Europa.

Fui testigo presencial, desde la ventana de mi dormitorio, de las primeras resistencias que el Regimiento Pedralbes encontró en su despliegue por la ciudad. Desde un local de la *Esquerra Republicana* situado en la misma calle Provenza en la que estaba mi casa, a menos de 100 m. de distancia de mi observatorio hogareño, vi cómo surgieron los primeros disparos de armas cortas contra esas fuerzas militares que bajaban en formación ofensiva. Disparos simbólicos que no alteraron el itinerario de los sublevados.



Pero a partir de esos primeros disparos, como si ellos hubieran sido una señal previamente convenida, el avance de los efectivos militares fue obstaculizado por tiroteos que se fueron generalizando y que, en la Plaza de la Universidad, primero, y en la de Catalunya después, se transformaron en una batalla frontal. Los militares tuvieron que refugiarse en el edificio que en ese tiempo ocupaba el Hotel Colón, en la Plaza de Catalunya, el que fue tomado al asalto por las fuerzas de la Guardia Civil que permanecieron leales al Gobierno de la República y que al mando del Coronel Escobar subieron desde la zona portuaria, por la Vía Layetana, juntándose a los civiles de los partidos políticos y de las centrales sindicales que habían llegado, también, hasta la misma Plaza para enfrentar a los militares insubordinados.

En octubre de 1937 el gobierno central presidido por el Dr. Juan Negrín se trasladó a Barcelona, con el propósito de controlar las industrias de guerra de toda Cataluña. En agosto de 1938 el Ministerio de Defensa logró completar ese control, pasando la totalidad de los funcionarios técnicos —que habíamos desarrollado la organización y coordinación de la industria catalana en su adaptación a las necesidades de la guerra— a depender de la Subsecretaría de Armamentos del Ministerio de Defensa. Fue alrededor de esa fecha. —agosto de 1938— que fui nombrado Verificador de Cartuchería de la mencionada subsecretaría, sin dejar mis previas tareas de asesoría a la Comisión de Industrias de Guerra de la Generalitat.

En la Comisión de Industrias de Guerra percibí un sueldo constante de 1.000 pesetas mensuales, y en la Subsecretaría de Armamento del Ministerio de Defensa mi remuneración mensual fue de 1.200 pesetas.

El 24 de enero de 1939, siendo ya inminente la caída de Barcelona ante las ofensivas de las tropas fascistas, recibí orden de trasladarme en forma inmediata a Gerona. Allí habría debido disponer la forma en la que debían trasladarse algunas plantas que producían municiones, situadas en pueblos cuya defensa aparecía como difícil, a lugares más alejados de la



Víctor Pey, año 1939.

nueva alineación de los frentes de batalla, a fin de mantener a toda costa el abastecimiento de municiones que el conflicto requería.

Partí en la madrugada del 25 de enero hacia Gerona, en un camión repleto de funcionarios de la subsecretaría de Armamento. Por razones de seguridad el camión no enrumbo por la carretera de la costa sino que se dirigió hacia el interior, pasando primero por Granollers y amaneciendo en Torelló. El vehículo, aparentemente averiado, no pudo seguir. En otro camión seguimos al día siguiente llegando a Olot.

Pero en Olot supe que Barcelona había caído en la madrugada de ese mismo día. Tras la caída de Barcelona, la situación en el resto de Cataluña se hizo en extremo lábil, debido a la diáspora de funcionarios que huían hacia la frontera con Francia ante lo que se veía como el desplome de la resistencia en toda Cataluña. Estando en Olot, donde la Comisión de Industrias de Guerra había controlado dos plantas metalúrgicas y el gobierno de la Generalitat poseía una torre de descanso en las afueras del área urbana de la población, fui hasta esa torre a fin de ver si allí podía tener información fidedigna sobre la situación. La torre estaba vacía. No había en la

cocina alimento alguno. Cuando me retiraba, encontré tirado en un rincón, en el suelo, una pequeña caja de cartón llena de terrones de azúcar. Fue el único alimento que tuvimos, con mi hermano Raúl, durante el cruce de la cordillera de los Pirineos. Íbamos cruzando el jardín que bordeaba la torre cuando vimos que subían a un auto el Consejero de Cultura de la Generalitat, Josep María Sibert, y otros dos. Les pedimos que nos llevaran. Con evidente poco agrado, nos dejaron subir al auto que nos condujo hasta Gerona.

La avalancha de gente que huía hacia la frontera era impresionante. Se hizo de noche. No había corriente eléctrica en la ciudad. Fuimos al hospital, para tratar de encontrar a unos amigos de los que teníamos información que estaban heridos. En el hospital general, alumbradas algunas salas por una vela, reinaba el más completo desorden y abandono. Fue imposible seguir el recorrido. Salimos. Las calles estaban abarrotadas de gentes que huían con bultos en las manos, despavoridas o amilanadas, sombras fantasmales que ensombrecían aún más la oscuridad reinante.

Nos encontramos por casualidad con unos dirigentes sindicales de Sallent, lugar en el que yo había dirigido durante un

tiempo una gran planta metalúrgica denominada Construcciones Metálicas S.A. Nos ofrecieron llevarnos en el camión en el que iban. Tenían el propósito de ir a Puigcerdá, lugar que conocían bien, y llegar por la carretera hasta el paso fronterizo en el que había una barrera, y, una vez allí, obligar a la guardia a levantar la barrera y pasar al lado francés por las buenas o por las malas. Llevaban una buena provisión de bombas de mano para utilizarlas en caso de no ser atendidos. Fuimos con ellos hasta Figueres, donde nos bajamos.

En el Castillo de Figueres se reunió por última vez, ese día, el Congreso de la República. El gobierno francés no permitía el paso masivo de los fugitivos. Una masa de unas 400 o 500 mil personas se agolpaban en los pasos fronterizos protagonizando escenas de un dramatismo extremo: enfermos, heridos de guerra, niños y mujeres, ancianos se agolpaban en las carreteras que llevaban a la frontera. La aviación franquista se dedicó, en esas circunstancias, a *peinar* a esas multitudes con ráfagas de ametralladora.

Decidimos con mi hermano cruzar la cordillera a pie. Llevábamos una brújula... y el paquete de terrones de azúcar que encontramos en Olot. Al atardecer partimos hacia el Norte.

Dejo de lado, para abreviar, las peripecias que sufrimos durante el paso de los Pirineos. El caso es que llegamos a territorio francés. Tras ser detenidos por guardias franceses cuando íbamos andando por una carretera, sin rumbo, y llevados a un campo de concentración en el pueblo de Le Bolou, fuimos trasladados a otro campo que se encontraba en las afueras de la ciudad de Perpignan. Logramos, por un sin fin de casualidades, contactar a nuestra madre y a nuestra hermana. Ambas pertenecían a la rama femenina de la masonería española. Con la ayuda que mi hermana consiguió de la masonería francesa logramos salir del campo de concentración y ser llevados a la casa de un masón francés, que se hizo responsable de nosotros ante las autoridades militares del campo de concentración en el que nos encontrábamos detenidos.

Permanecimos una noche en la casa de nuestro protector, quien al día siguiente nos pagó el pasaje en tren hasta Lyon, recomendándonos a masones de esa ciudad para efectos de asilo y protección. Así ocurrió.

Estuve con mi familia varias semanas en Lyon. Los avances del nazismo sobre Europa entera eran cada vez más alarmantes. Para poder gestionar la salida de Francia hacia algún país americano se hacía imprescindible ir a París. No obstante estar sin dinero y sin documentación alguna, partí en un autobús, como adelantado de la familia, hacia la capital gala. Conseguí un trabajo nocturno en el SERE (Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles), organismo creado por el Gobierno Español en Exilio para ayudar a los refugiados que habían sido reclusos en los campos de concentración habilitados en el sur de Francia.

Al poco tiempo, y por casualidad, supe que el gobierno de Chile había nombrado a Pablo Neruda en calidad de Cónsul Especial en París para seleccionar a refugiados españoles con destino a Chile. Supe de la llegada de Neruda a París. Fui al Consulado de Chile, que a la sazón funcionaba en el mismo edificio en el que estaba la Embajada, y solicité hablar con el poeta-cónsul.

Neruda era persona poco grata para el personal estable de la embajada y del con-

sulado general mismo. Prueba de ello es que como oficina o lugar de trabajo le asignaron una habitación en un cuarto piso, para dificultar el acceso de los refugiados ancianos o heridos, y habilitado en forma bastante precaria. Creo que era el segundo o tercer día que Neruda estaba atendiendo en tal lugar. Cuando llegué no había nadie esperándolo. Me recibió un español, también refugiado como yo, que actuaba a manera de secretario improvisado de Neruda. Se trataba de Darío Carmona, quien, posteriormente, fue mi amigo en Santiago de Chile.

Al poco rato llegó Neruda. Me recibió en su improvisada oficina. Le conté mi historia y mi deseo de ir, con mi familia, a Chile. Neruda iba tomando notas de lo que le decía. Me preguntó especialmente por mi profesión y la de de mi grupo familiar que, como dije, había quedado en Lyon bajo el amparo de la masonería local. La entrevista fue corta y por el tono y la brevedad de la misma colegí que las posibilidades que tenía de ser seleccionado para viajar a Chile eran escasas, escasísimas. Le dejé una dirección en París para el eventual caso de que mi percepción estuviera errada y fuéramos, todo el grupo familiar, escogidos para viajar a Chile en el *Winnipeg*, barco que, tras ser acondicionado en Burdeos para tal fin, se encontraba ya surto en el atracadero de Paulliac, Trompeloup.



Fotografía gentileza de Gunther Castanedo P.

Yo compartía una habitación alquilada con un amigo español con el que había viajado desde Lyon y que se encontraba en condiciones similares a las mías. Era un abogado madrileño, Julio Simal, que se había desempeñado como fiscal en los tribunales de la República. Simal trabajaba también en el SERE, en un turno de día, de suerte que cuando yo llegaba tras cumplir el mío, nocturno, ocupaba la pequeña cama de la que disponíamos en la habitación para poder dormir unas horas.

Ocurrió lo que me había parecido altamente improbable: un día recibí un *pneumatique* urgente de Neruda comunicándome que había sido seleccionado, junto con mi familia, para viajar en el *Winnipeg*, y que debíamos embarcarnos en ese buque en forma perentoria. Partí inmediatamente hacia la estación y tomé el primer tren que salía hacia Lyon. Al día siguiente, desde Lyon, estábamos ya toda la familia viajando en el tren que nos llevaba a Burdeos.

Abordamos el *Winnipeg* pocas horas antes de que el barco zarpara hacia la leyenda. A punto de embarcar volví a ver, fugazmente, al cónsul-poeta que hizo posible mi segunda vida.

Años más tarde en Chile, Pablo Neruda, senador por el Partido Comunista, al inicio de 1948 era desaforado y encargada su detención a toda la policía de Chile. Tuve la satisfacción de poder devolverle la mano que él me había tendido al seleccionarme, dentro del cupo personal de 100 nombres que él se había reservado para integrar la nómina de refugiados españoles, dándole ahora yo asilo, a él y a su mujer, la Hormiguita, en mi departamento 606 de Vicuña Mackenna 47, en Santiago.

Y logré hacer algo más para pagar en parte mi deuda de gratitud. Al cabo del año clandestino de Neruda, en 1949, organicé su salida de Chile a través de un fundo o hacienda maderera lindante con la República Argentina, cuyo administrador era un gran amigo mío, Jorge Bellet. Con Bellet y con el Dr. Raúl Bulnes, médico funcionario de Carabineros y amigo del poeta, salimos con Neruda de Santiago hacia el Sur del país, rompiendo el cerco policial dispuesto por González Videla para impedir su fuga. ♦

El conflicto que amenazó la misión del Winnipeg

JULIO GÁLVEZ BARRAZA

Escritor-Investigador

Se sabe que el *Winnipeg* zarpó de Pauillac la mañana del 4 de agosto de 1939, con más de 2.350 pasajeros, casi 150 integrantes de la tripulación, médicos, enfermeras y otros, que sumaban aproximadamente 2.500 personas a bordo. Entre estos últimos se contaba Emile Sellon, delegado de la France-Navigation, empresa propietaria del barco.

De lo que poco se sabe es que durante el viaje a Chile los pasajeros enfrentaron diversos conflictos. Entre ellos las acaloradas discusiones sobre el grado de responsabilidad que tenía cada una de las fracciones políticas que formaban el pasaje; otro fue el causado por la firma del pacto germano-soviético. Sin embargo, un conflicto mucho más comprometedor y casi desconocido por los pasajeros se produjo debido a la profunda molestia del Gobierno de Edouard Daladier por la existencia de la Compañía France-Navigation, creada con capital de los comunistas franceses.

Aunque gran parte del capital de la France Navigation pertenecía al Partido Comunista Francés (PCF), no toda la tripulación del *Winnipeg* estaba integrada por comunistas. De hecho, la tripulación se dividía en dos bandos; los marineros y parte de la oficialidad. Durante el viaje a Chile, con la inminente guerra y los peligros de posibles ataques submarinos, ambos bandos radicalizaron sus posturas. Unos pretendían regresar inmediatamente a Francia y otros querían cumplir su cometido y llegar con su carga humana a Valparaíso.

Existen testimonios que recogen esta silenciosa batalla, entre ellos el de Ovidio Oltra, uno de los refugiados republicanos que viajaban a bordo. Oltra señala que unos días antes de llegar a la Isla de Guadalupe se enteró por miembros de la tripulación, que en el barco se libraba una guerra sorda



entre el capitán y algunos oficiales, por un lado, y por otro el comisario de la compañía de navegación, el contraalmirante y un matrimonio de médicos franceses, Paul Hertzog y Marcelle Hertzog-Cachin (ambos comunistas).

Oltra supo así que la tripulación, durante la guerra civil española, había navegado con este vapor por todos los mares que circundan Europa, desde el Ártico hasta el Mar Negro, transportando tanques, aviones, toda clase de armas, municiones y pertrechos de guerra, así como alimentos que importaba el Gobierno republicano, a pesar de los esfuerzos contrarios del Comité de No Intervención. Supo también de la participación del vapor en la evacuación de militares y civiles de la zona Centro-Levantina al finalizar la guerra. *Alertados por estos amigos —recuerda Oltra—, empecé a mirar las cosas que pasaban en el buque de otra manera. En efecto, se veía un trato distinto para nosotros en cierta oficialidad y el resto de la tripulación, siempre activa y dispuesta a que no nos faltara nada que ellos pudieran proporcionarnos.*¹

Oltra recuerda también otro acontecimiento, ocurrido durante el cruce del Atlántico, el día que notaron que el barco estaba detenido y en cierta forma gira-

ba sobre sí mismo, porque el sol unas veces quedaba a babor y otras a estribor. Se informó que era una avería que reparaban en los motores de las máquinas. Al cabo de unas horas, el vapor reanudó su andar. Días después de dejar atrás el Canal, ocurrió otro hecho que llamó la atención a los que en la noche del Pacífico observaban las estrellas del hemisferio Sur. Parecía que el barco cambiaba de rumbo. Lo hicieron notar al contra maestre y poco después vieron que tomaban la primitiva dirección, decididamente hacia el Polo Sur. *Según supimos después* —señala Ovidio Oltra—, *fue el propio capitán el que había dado la orden de hacer tal desviación, quien no supo explicar claramente cuándo, ante la observación que se le hizo al timonel de turno, fue rectificado dicho rumbo.*²

El primer incidente señalado, el giro sobre sí mismo, podría tener alguna explicación. Víctor Pey, también pasajero, recuerda que a bordo del barco murió un niño. El barco se detuvo para sepultarlo: *No recuerdo dónde fue. Pero recuerdo que se hizo una especie de ritual de los barcos, dio tres vueltas al lugar donde se echó el ataúd.*

El segundo incidente señalado por Oltra en el rumbo del barco, el que no supo explicar Gabriel Pupin, capitán del *Winnipeg*, tiene relación en cambio con el desencuentro que se producía entre la tripulación y la oficialidad.

No sólo por Oltra sabemos de la sorda guerra que se libraba a bordo. Muchos años después de los hechos, el pasajero Floreal Nogués, se refirió al hecho. *A los pocos días de navegación empezó a circular el rumor de que íbamos a dar media vuelta y regresar a Francia ante el inminente estallido de la Segunda Guerra Mundial. Aquello provocó varios conatos de amotinamiento que fueron diluyéndose a medida que el navío se aproximaba a las costas americanas.*³

En 1999, cuando Ovidio Oltra vivía aún en Santiago, me narró extensamente el capítulo en cuestión. Un buen día se reunió el Comité político que representaba a los pasajeros y parte de la tripulación. Los tripulantes desvelaron la intención del capi-

tán de hacer volver el barco a Francia. Oltra, quien participaba como delegado de Izquierda Republicana, fue actor y testigo de la posterior reunión sostenida con Gabriel Pupin. El diálogo fue áspero y en duros términos. Después de declarar abiertamente sus intenciones, Pupin quiso aplicar la premisa «donde manda capitán, no manda marinero». Sin embargo, no eran los marineros los más afectados por la medida. El Comité de a Bordo no consintió su vuelta a Francia, donde a los refugiados los esperaban nuevamente los campos de concentración, con la amenaza de una repatriación a la España de Franco, donde se jugaban la vida.

Por ello la respuesta dada al capitán por los tripulantes y por el Comité fue rotunda: —*Usted se podría caer al mar y nosotros podemos llevar el barco a Valparaíso.*

Según el relato de Oltra, al atracar en Arica, primer puerto chileno que tocaba el *Winnipeg*, el capitán desembarcó. Buscó un teléfono y se comunicó con el Consulado de Francia en Santiago. No lo había hecho por la radio del barco, seguramente para mantener en secreto su informe. El oficial de radio, Couedon, era militante del Partido Comunista. Hasta ese momento,

los cables de Pupin a París se limitaban al consabido TVB (Todo va bien).

El testimonio de Oltra sobre las maniobras del capitán, lo encontré tiempo después confirmado en un libro publicado en Francia: *Les Brigadas de la Mer* (Paris, B. Grasset, 1979). Está escrito a dos voces, una de ellas es la de Gilles Hertzog, hijo de Paul Hertzog y de Marcelle Hertzog-Cachin, el matrimonio de médicos que viajaban con los españoles a bordo del *Winnipeg*. Marcelle, a su vez, era hija de Marcel Cachin, senador y fundador del Partido Comunista Francés. El otro autor del libro es Dominique Grisoni.

Señalan los autores que antes de llegar a la costa peruana, el capitán había desarrollado una última maniobra para volver a Francia. Al caer la noche, el barco cambió de rumbo y se dirigió a las Islas Galápagos. Al amanecer, los marinos se dieron cuenta de la maniobra. ¿Fue ésa la maniobra que, según Oltra, no supo explicar el capitán? Probablemente sí, ya que el único rumbo que debía tomar el barco para enmendar su ruta era enfilar al Polo Sur.



Fotografía del Archivo de Jaime Ferrer.

El otro incidente narrado en el libro, coincidente con el testimonio de Ovidio Oltra, es la bajada del capitán en Arica, luego de no saber explicar su extraña maniobra. Salvando posibles errores de traducción, señala lo siguiente: *El Winnipeg llegó a Arica y se quedó en la bahía. El capitán, en seguida hizo bajar su bote personal y abandonó el barco. Una vez en tierra, se dirigió a la Oficina de Correos, sin presentarse, como debía, en la Dirección Marítima del puerto, y pidió una comunicación urgente con Santiago.*

—¿Qué número? —le preguntó la operadora.

—La Legación de Francia.

Alertando a la embajada de su país en Chile, el capitán Pupin reconocía en cierto modo sus intenciones de poner fin al viaje de forma anticipada.

Sabemos que el pasaje del *Winnipeg* desembarcó felizmente en Valparaíso el 3 de septiembre. Sin embargo, es poco conocida la gesta de parte de la tripulación. Su osadía la pagaron con cárcel en Valparaíso y, al volver a su patria, en Burdeos, los esperaba un consejo de guerra por amotinamiento. ♦

—Adaptación de un fragmento del ensayo
“¿Qué fue del *Winnipeg*?”,
Cuadernos Hispanoamericanos n° 711,
Madrid, septiembre 2009, 109-122.

El Winnipeg sin Neruda

GUNTHER CASTANEDO PFEIFFER

Odontólogo / Investigador literario
Santander, España



De los barcos que después de la guerra civil llevaron españoles exiliados de Francia a otros destinos, el *Sinaia*, el *Alsina*, el *Ipanema*, etc., se destaca como un faro el *Winnipeg*. Los otros barcos que cumplieron la misma función humanitaria no tuvieron un poeta que los cantara. Neruda hizo crecer la leyenda del *Winnipeg*, que en este año 2009 ha celebrado el 70° aniversario de su viaje con amplia repercusión en la prensa española y actos en el panorama nacional, sin recordar para nada el resto de travesías y buques. Quiero advertir que en este artículo —es el sentido de su título— dejaré de lado los conocidos hechos de Neruda en su humanitaria labor de rescate de españoles derrotados y desesperanzados, y me ocuparé sólo del barco mismo y de su historia.

El *Winnipeg* fue construido en 1918 en Francia, en los astilleros de Dunquerque. Nació con otro nombre: el *Jacques Cartier*. Lo señala Fernando Sáez en su biografía

de Delia del Carril, *La Hormiga* (Santiago, Catalonia, 2004, pág. 131), pero precisando que el *Jacques Cartier* era un barco canadiense dedicado al transporte de bacalao. Error explicable porque en Canadá efectivamente hay otros muchos barcos con este nombre, debido a que Jacques Cartier (1491-1557) fue el primer navegante francés en explorar América y el fundador de la ciudad de Quebec.

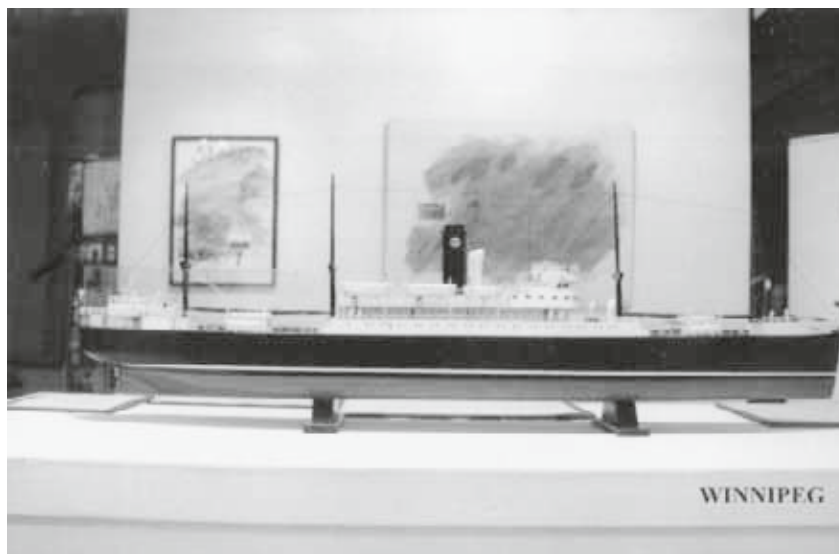
Nuestro *Jacques Cartier* fue terminado en octubre de 1918, un mes antes de que se firmara el armisticio que puso fin a la primera guerra mundial. Originalmente fue creado para transporte de pasajeros, y no de mercancías. Este dato debería cancelar la leyenda de que el barco sufrió unas reformas en profundidad para adap-

NOTAS

¹ Ovidio Oltra. *Recuerdos insistentes*. Santiago de Chile, 2001. Inédito.

² *Ibíd.*

³ Sergio Tarín. “Valencianos en el *Winnipeg*”. *Levante*, Valencia, suplemento “En Domingo”, 8 de agosto de 2004, pp. 1-3.



Fotografía gentileza de Gunther Castanedo P.

tarlo al transporte de los refugiados españoles. Hubo, sí, modificaciones, pero ellas se debieron al número de personas por transportar.

En el astillero figura con el número de construcción número 100, aunque estas numeraciones se dan de forma un tanto aleatoria. Era un vapor de 9.717 toneladas. Sus dimensiones eran 143,9 metros de eslora entre perpendiculares y 18,2 metros de manga. Navegaba bajo bandera francesa. Su maquinaria constaba de 2 hélices y motores de dos tiempos capaces de conferir al barco una velocidad de 14 nudos.

Su primer propietario fue la Compagnie Générale Transatlantique de Le Havre.

Hubo una corta etapa en la que el buque fue utilizado por la compañía como buque escuela para los oficiales de la propia compañía.

En 1930 el *Jacques Cartier* es rebautizado pasando a llamarse *Winnipeg*.

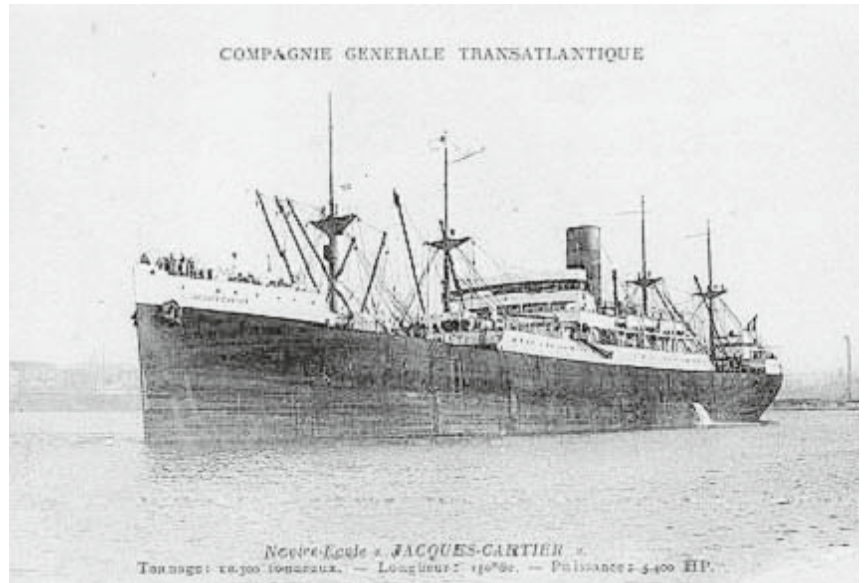
En el año 1938 la nave es comprada por una nueva naviera, la Compagnie France-Navigation, que vuelve a cambiar el nombre del barco, pasando a llamarse *Paimpol*.

La France-Navigation era una compañía que se había creado en 1937 en plena guerra de España y con apoyo financiero oculto de la Unión Soviética. Esta sociedad tenía su sede en 21, rue de l'Arcade, París, y su consejo de administración estaba formado entre otros por J. Fritsch, R. Legrand, J. Piquemal, P. Dauzier y M. Delauguerre. La compañía compró 23 barcos viejos.

El *Paimpol* fue modificado para transportar un mayor número de pasajeros en astilleros de Alemania.

En 1939 Ildefonso de Irala, que era el director técnico de la sección de Fletamento del Servicio de Emigración de Republicanos Españoles (SERE), tramita documentos y condiciones para el fletamento del *Paimpol* con el objeto de trasladar españoles a México. Se llegaron a firmar contratos de hasta tres viajes a México con este barco.

Pero en ese mismo año 1939 fue comprado de nuevo por la Compagnie Générale Transatlantique, pues la France-Navigation se había disuelto. Los nuevos y antiguos



Fotografía gentileza de Gunther Castanedo P.

propietarios vuelven a cambiarle nombre (por cuarta vez) para rebautizarlo con el más famoso: *Winnipeg*.

En este momento es cuando aparece Pablo Neruda como Cónsul para la Inmigración española, misión que le había encargado el gobierno chileno del Frente Popular, cuyo presidente era Pedro Aguirre Cerda y su ministro de Asuntos Exteriores, Abraham Ortega. Como ya advertí, en el presente artículo no entraré a analizar ni siquiera someramente la abundante información que otros biógrafos excelentes (Volodia Teitelboim, Hernán Loyola, Edmundo Olivares —que tan bien ha tratado el tema—, David Schidlowsky, Julio Gálvez ...) han puesto a disposición.

Después de aquella *misión de amor* el barco regresó a Francia y en plena segunda guerra mundial, con los océanos surcados por los peligrosos submarinos alemanes le ocurren las siguientes peripecias al *Winnipeg*.

El 19 de mayo de 1941 (aunque otra información señala el atardecer del 26 de mayo) el barco, procedente de Marsella y con destino a las Antillas, a la altura de Casablanca fue apresado con 750 pasajeros a bordo (compárese la cifra con los 2.200 españoles que llevó Neruda) y 1.600 toneladas de mercancías. Bajo bandera fran-

cesa, pero del gobierno colaboracionista de Vichy, fue apresado por un buque de guerra holandés: el HNMS *Van Kingsbergen* (U-93). Fue transportado a Port of Spain, en la isla de Trinidad.

Se le rebautizó una vez más con el nombre de *Winnipeg II*, formando parte de la Company British MoWT (Ministerio de Guerra y Transportes). Los aliados lo usaron como barco para el transporte de armamento.

El 15 de octubre de 1942 salió de Liverpool con destino a St. John - New Brunswick (Canadá). Por la peligrosidad de los mares, los barcos navegaban en convoyes. Esta travesía el *Winnipeg II* la hacía integrado en el convoy ON-139. El 22 de octubre el submarino alemán U-443 —*Konstantin von Putkamer*— se cruza con nuestro barco y le lanza dos torpedos a las 21 horas 45 minutos. Aunque los torpedos alcanzan al buque, no estallan, y apenas causan desperfectos. A las 21 horas 48 minutos, otros dos nuevos torpedos alcanzan y esta vez sí cumplen su función destructora, comenzando a hundirse el *Winnipeg*. El submarino alemán, en la misma acción alcanzó a otro barco perteneciente al convoy, el *Donax*. Los tripulantes del *Winnipeg*, el capitán, 113 tripulantes, 10 artilleros y 68 pasajeros, fueron



Fotografía gentileza de Gunther Castanedo P.

rescatados por el barco HCMS *Morden* (K-170), no pereciendo, afortunadamente, ninguna persona en el naufragio que ocurrió en la posición 49° 51' N (Norte) – 27° 58' W (Oeste).

Estos datos (que investigué para un libro mío de próxima publicación) fueron los que más me costó encontrar. La primera muestra de estos datos fue pública, en el mes de agosto del 2009, durante un curso que impartió el profesor Hernán Loyola en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo; luego fueron publicados en la revista *Fábula* de la Universidad de La Rioja (Logroño). Simultáneamente el prestigioso investigador Julio Gálvez Barraza publicó en *Cuadernos Hispanoamericanos* n° 711 (septiembre 2009) sus resultados de una investigación paralela, con datos parecidos aunque no iguales y enfoques naturalmente distintos. A él queda el mérito de haberlos puesto por primera vez en una publicación. Creo de justicia hacer mención de su trabajo, así como resaltar que entre su artículo y el mío existen diferencias y señalar, además, que Gálvez trata en el suyo un tema muy interesante, que yo había soslayado, sobre las peripecias de tripulación y oficiales del *Winnipeg* en el período en que el barco se encuentra en Valparaíso, después de haber dejado allí a los republicanos españoles. ♦

La hazaña del Winnipeg: furiosos ecos en Madrid

A modo de documento curioso, aquí va en facsímil un artículo publicado por el diario franquista *ABC* de Madrid el 07.02.1940. Lo firma un cierto *Bachiller ALCÁÑICES*, pseudónimo del periodista español Felipe Aparicio Sarabia, quien residió (creo que si no toda su vida, por lo menos muchas décadas) en Chile. Además de corresponsal del *ABC* de Madrid, fue secretario de algo así como el Centro Español o asociación similar, miembro de directivas en las que figuraba gente de nacionalidad española (y con mucho dinero). Demás está decir que era un centro antirrepublicano y profranquista. Dentro del artículo es también muy evidente el antisemitismo típicamente nazista del *Bachiller*.

Felipe Aparicio Sarabia publicó en su juventud, a fines del siglo XIX, una novela histórica de muy modesto nivel, *Memorias de un roto* (1899), relacionada con la Guerra del Pacífico. En 1940, según mis cálculos, Aparicio debía tener unos 65 o más años. El individuo al que Aparicio Sarabia atribuye la «primicia» de presentar a Neruda como cómplice del asesinato de «nacionales» que habrían sido entre-



gados por él a *las checas* (alude a la policía republicana de seguridad), se llamó Pablo Merry del Val, un señorito —un dandy— de la aristocracia hispana, criado en Inglaterra, que fue jefe de prensa de Franco.

El texto del *Bachiller Alcañices*, dice de la furiosa e impotente reacción de los sectores profranquistas en Chile frente al éxito de la «operación *Winnipeg*» y a la creciente fama de Neruda, quien pocos meses después partirá rumbo a Ciudad de México en calidad de cónsul general. ♦

—Dr. Enrique Robertson
Bielefeld, Alemania

ABC EN CHILE HONORES MAXIMOS

Ya sabemos aquí al completo y des-
prentivo Pablo Neruda. Este su-
jeto fue aquel cónsul de Chile, en
Madrid, durante los días eufóricos del aza-
rismo, y del que el señor Merry del Val en-
carró en *Informaciones* que se dedicó, entre
otros vagares, a someter asilados en la Em-
bajada de Chile y, engañados, entregarlos
a las checas.
El Gobierno de Chile, por orden del pre-
sidente, señor Alessandri, le destituyó en-
tonces. Se vino a Chile. Aquí organizó, con
otros individuos de su especie, el grupo de-
nominado "Amigos de España", que creció
y se nutrió en la Embajada que servía Ro-
drigo Soriano. La labor de Pablo Neruda
y sus cómplices se centró en una obra de
propaganda a favor de los rojos. Y en la
política interna, el ex cónsul se agregó al
grupo del Frente Popular.

Triunfante la candidatura presidencial del
señor Aguirre Uceda, Pablo Neruda se
hizo nombrar cónsul de Chile en París. Y
he ahí que el famoso personaje (su nombre
cívil es Neftalí Reyes) se trasladó a la ca-
pital francesa. Allí había bastante trigo que
comprar... Los miles de delincuentes que no
refugiaron en Francia y otra cantidad in-
contable de judíos, expulsados de Alemania
y otras comarcas, querían venir a Chile,
atraídos por el estruendoso ruido del frías
electoral de los extremistas de este país.

Sobee la generosa provisión de pasaportes
que facilitó Neruda a sus correligionarios
"republicanos" españoles y a los creyentes
de israelitas que van infestando Chile, se
habló mucho aquí. En los centros parlamen-
tarios se dijo que Neruda obtenía ingresos
considerables. Y se dijo también, entre otras
cosas, que el desfachato y corrompido hijo
de Neruda, buen provisto de oro español, re-
corría Europa con un pasaporte refrendado
por el cónsul de Chile en París.

Sea cierto o no lo sea, el caso es que
Pablo Neruda fue llamado por el señor
ministro de Relaciones Exteriores para ex-
plicar su conducta conifera.

Y aquí está el sujeto en cuestión.
De su arribo a Chile, y de lo que ha ocu-
rrido con ocasión de su llegada, lo más
aconjado es copiar las siguientes palabras de
El Mercurio, aparecidas bajo el título:
"¿Por qué se tocó el himno nacional? A la
llegada del *Magnum* concurrió ayer el
Orfeón Municipal para rendir un homenaje
al señor Neftalí Reyes (Pablo Neruda), del
mismo modo que lo hicieron el Alcázar de
Valparaíso y los regimientos ocupados."

En los momentos en que el señor Reyes
desembarcaba, el que se tocó el himno na-
cional, lo que motivó extrañeza en el públi-
co, por cuanto se estimó que solamente po-
día ejecutarse el himno patrio si se lu-
ciera tratado del presidente de la Repú-
blica, de acuerdo con la reglamentación al
respecto.

Este hecho motivó varios incidentes, que
degeneraron en verdaderos pugilatos.

Como tal incidencia reviste suma grave-
dad, se comenzaba la necesidad de hacer una
investigación para determinar las responsa-
bilidades de ese hecho, con tan mayor ra-
zón cuanto se trataba de una nave en que
venían personas extranjeras que, lógicamen-
te, han debido sorprenderse ante un he-
cho tan inusitado."

EL BACHILLER ALCÁÑICES

Algo sobre la naturaleza y su representación en Pablo Neruda

DARÍO OSES

Escritor / Fundación Pablo Neruda

Este texto fue leído en el coloquio “Pablo Neruda, poesía y naturaleza”, Madrid, en el marco de la exposición **Amor al mar**, en el que participaron también el profesor José Carlos Rovira de la Universidad de Alicante, nuestro escritor Carlos Franz y el comisario de la muestra, Pedro Núñez.

La exposición fue organizada por el Instituto Cervantes de Madrid, la Embajada de Chile en España y la Universidad de Chile, con la colaboración de la Fundación Pablo Neruda y el auspicio de Fundación Endesa. Estuvo abierta entre el 12 de diciembre de 2009 y el 24 de enero de 2010, con gran asistencia de público. En ella se expusieron 366 caracolas y algunos libros de las colecciones que el poeta donó a la Universidad de Chile en 1954, así como una selección de poemas de Neruda relacionados con la naturaleza.

La lectura de la naturaleza es un motivo persistente en la cultura occidental. En 1642, Thomas Browne¹ hablaba de la naturaleza como «ese manuscrito universal que yace abierto frente a los ojos de todos». Y «Ved a la naturaleza como un libro vivo, incomprendido aunque no incomprendible» escribía Goethe en 1774.

En su “Oda a la tipografía” (1956), Neruda habla de su propia lectura del mundo natural: «En todo, / en la estela / del gusano / se lee, / en la rosa se lee, / las raíces / están llenas de letras / retorcidas / por la humedad del bosque / y en el cielo / de Isla Negra, en la noche, / leo, / leo / en / el firmamento frío / de la costa...».

En 1962, declaraba: «...mi libro más grande, más extenso, ha sido este libro que llamamos Chile. Nunca he dejado de leer la patria, nunca he separado los ojos del largo territorio...»² En esa misma ocasión recordaba sus primeras lecturas de la naturaleza: «Yo aprendí desde muy pequeño a leer el lomo de las lagartijas que estaban como esmeraldas sobre los viejos troncos de la selva sureña...».³

En su “Oda a las cosas”, el poeta escribió: «muchas cosas / me lo dijeron todo»⁴ Porque en su poesía las cosas también se convierten en sílabas de esta lectura del

mundo natural. En su poema “A una estatua de proa”, de *Canto general*, cuenta cómo encontró uno de sus mascarones de proa:

«En la arena de Magallanes te recogimos cansada navegante inmóvil (...) / Hoy eres mía, diosa que el albatros gigante / rozó con su estatura extendida en el vuelo. / (...) / Hoy hemos recogido de la arena tu forma. (...) / Para mí tu belleza guarda todo el perfume, / todo el ácido errante, toda la noche oscura. / Y en tu empinado pecho de lámpara o de diosa, / torre turgente inmóvil amor, vive la vida...»⁵

El poeta se apropia, entonces, de este fragmento de una embarcación, fragmento que guarda el misterio de la totalidad del mar, del viaje, de la noche.

Hay cierta continuidad entre esta lectura directa del mundo y la de los antiguos libros de historia natural que tuvo Neruda. «Estos libros zoológicos y botánicos me apasionaron desde siempre —escribió—. Continuaban mi infancia, me traían el mundo infinito, el laberinto inacabable de la naturaleza.»⁶ Cuando el poeta dice que estos libros continuaban su infancia, se refiere, sin duda, a su deslumbramiento inicial por el bosque nativo y por el mar.



Entre las grandes historias naturales que tuvo el poeta, quiero destacar la de Ulises Aldrovandi (1522–1605). Su obra, pretendía comprender todo cuanto se sabía en su época acerca del mundo natural. Empezó a publicarse en 1599, y representa, en cierto modo, una transición entre la observación científica y los bestiarios fantásticos de la Edad Media. Se lo reconoce como uno de los grandes naturalistas del Renacimiento y precursor de Buffon, Cuvier y Linneo. En *Las palabras y las cosas*, Michel Foucault lo señala como el hito en el que se establece, como problema, el de la distancia entre la Naturaleza y su representación.



Pablo Neruda junto al mascarón de proa: La sirena de Glasgow.

Aldrovandi fundó el primer Museo Público de Bolonia, aportando piezas que él mismo había recolectado. Fue un coleccionista, lo mismo que Neruda. Aseguró que no había descrito “cosa alguna sin haberla tocado con su propia mano y sin haber estudiado su anatomía”. Es decir, trató de reducir la distancia entre la naturaleza y su representación, garantizando la correspondencia entre ambas. Aldrovandi no sólo representó la naturaleza a través de la palabra. Sus libros fueron enriquecidos con gran cantidad de ilustraciones, preparadas por artistas famosos de la época. Al recorrer las páginas de la obra de Aldrovandi, especialmente de su ornitología, no puede dejar de recordarse algunas magníficas ediciones de la poesía de Neruda, como *Arte de pájaros*, que también fue ilustrada por grandes artistas chilenos contemporáneos y en donde el poeta incluye a especies reales y a otras imaginarias.

La Bolonia donde Aldrovandi nace, vive y muere, y donde sus colecciones permanecen, remite a otro gran naturalista que trabajó en esa ciudad: el abate Juan Ignacio Molina (1740–1829). Enrico Mario Santí lo califica como un «extraño precursor» de Neruda, que «reconstruyó en varias obras escritas, en un minucioso italiano, la lejana fauna y flora chilenas durante un largo y nostálgico exilio boloñés».

Los libros que reunió Neruda incluyen también las descripciones del territorio y la naturaleza de Chile, que se hicieron en los primeros años de la República. En estas obras Neruda descubrió ciertas afinidades entre las miradas del naturalista y la del poeta. En su texto en prosa “Viaje por las costas del mundo” [1942-1943] cita la descripción del bosque austral chileno que hace Amado Pissis en su *Geografía física de la República de Chile*, 1875. Ésta, en parte dice: «Algunas plantas más ansiosas de luz, atan sus tallos sueltos al tronco de los grandes árboles y se extienden por sus ramas desde las cuales dejan caer sus hermosas flores de color de púrpura; tal es el copihue o lapageria.»

Neruda comenta: «...no es verdad que tiene algo de ternura, algo más adivinato-

rio de nuestro paisaje austral que muchas descripciones literarias? Parece a ratos un fragmento del gran poeta Juvencio Valle, que ha dado a nuestra geografía vegetal una nueva dimensión mitológica y radiante.»⁷

Una apreciación parecida se encuentra en una carta de Neruda al escritor Joaquín Edwards Bello, de 26 de enero de 1953. En ella el poeta cuenta que hace 15 años subrayó en la geografía de Pissis la siguiente consideración sobre la condición volcánica de nuestro territorio: «Desde esta época aparece el suelo de Chile como uno de los anchos respiraderos que ponen en relación el interior del globo con su superficie». Neruda comenta: «Increíble cómo estos – al parecer – resecos naturalistas son nuestros próximos parientes. Nosotros tratamos de adivinar lo que ellos averiguaron con disciplinada modestia.»⁸

Como lo advirtió Saúl Yurkiévich, uno de los proyectos literarios de Neruda fue realizar un «inventario poético del mundo». Neruda tuvo predilección también por las obras de taxonomía. Estos libros son producto de una de las primeras tareas del Chile republicano: el inventario natural del país. Su lectura parece haberle entregado al poeta ciertos modelos para realizar su propio inventario poético.

El libro más reciente de Umberto Eco, *Vértigo de la lista*, es una especie de inventario razonado de las enumeraciones que se encuentran en la literatura occidental, desde Homero en adelante, incluyendo un poema de Neruda, la “Oda a Federico García Lorca”. Eco escribió también para este libro un capítulo sobre la *Wunderkammer*, es decir el gabinete de los sabios del Renacimiento. En estas cámaras se reunía desde maravillas anatómicas, caracolas marinas, fósiles y esqueletos de animales extraños, hasta esferas armilares, libros y catálogos ilustrados, mapas y atlas. Nuevamente, la naturaleza y su representación.

La *Wunderkammer* es, entre otras cosas, una manifestación de la fascinación del hombre renacentista por la diversidad del mundo natural. También simboliza el sueño del conocimiento total que describe Bacon en su utopía *La nueva Atlántida*.

Neruda creó sus propias *Wunderkammer* y sus bibliotecas, para desde ahí construir su representación poética de la naturaleza y el mundo.

En la cultura occidental, la fascinación por la riqueza de las formas de los seres vivos se vincula con la complejidad



de la vida, que se resiste a ser explicada por los modelos racionales que se aplican al mundo físico, como el mecanicismo cartesiano, por ejemplo.

Me parece que frente a la irreductibilidad del misterio de la vida y de la materia, Neruda introduce la poesía en este espacio entre la naturaleza y su representación.

En 1939, Neruda se autodefinió como «el poeta más ensimismado en la contemplación de la tierra», y dijo: «yo he querido romper con mi pequeña y desordenada poesía el cerco de misterio que rodea al cristal, a la madera, a la piedra».

Así, Neruda intentó, con su poesía, dar cuenta de la totalidad del mundo material y del misterio que rodea a la materia, intento desde luego, utópico pero que generó magníficos productos como sus cuatro libros de las odas, entre otros. Que esto nos sirva para reivindicar la utopía. ♦

NOTAS

- ¹ Escritor inglés y doctor en Medicina (1605 – 1682). Borges lo califica como “el mayor prosista de la lengua inglesa”.
- ² Neruda, Pablo, “Mariano Latorre, Pedro Prado y mi propia sombra”, en *Obras Completas*, edición de Hernán Loyola, T IV, *Nerudiana dispersa I*, p. 1096.
- ³ *Ibid.* p. 1097.
- ⁴ Neruda, Pablo, *Navegaciones y regresos*, en *Obras completas*, edición de Hernán Loyola, t. II, p. 769.
- ⁵ Neruda, Pablo, *Canto general*, en *Obras completas*, edición de Hernán Loyola, t. I. p. 790.
- ⁶ *Ibid.*, pp. 945–949.
- ⁷ Neruda, Pablo, “Viaje por las costas del mundo”, en *Obras Completas*, edición de Hernán Loyola, t. IV, *Nerudiana dispersa I*, p. 507.
- ⁸ Carta a Joaquín Edwards Bello, en Biblioteca Nacional de Chile. Archivo del Escritor. Citado en David Schidlowsky, *Las furias y las penas. Pablo Neruda y su tiempo*, Santiago, RIL, 2008, p. 771.



Caracolas en Isla Negra. Fotografía gentileza de Claudio Pino.

Neruda y la resistencia a los antibióticos

PROF. DR. ALEJANDRO COTERA
Hospital Clínico de la Universidad de Chile

*Y aquel que en todas ciencias no florece
y en todas artes no es ejercitado
el nombre de Poeta no merece.*

— Clarinda, *Discurso en loor de la poesía*, 1608.



Por supuesto, no espera uno encontrar en la obra de Pablo Neruda alcances importantes a asuntos del área biomédica. Pero nada escapa a la curiosidad infinita del Vate. Abordaré aquí un ejemplo sobrecogedor de su capacidad para extraer la esencia misma de un fenómeno biológico, apenas vislumbrado al momento de escribir Neruda un cierto poema, pero que con el tiempo se ha transformado en un tema de la mayor relevancia en medicina: la resistencia a los antibióticos.

Tanto para el neófito como para el principiante es difícil extraer la esencia de los fenómenos de la naturaleza, aquello en que reside su belleza. El primero se extravía en los detalles que más llaman la atención a su mirada ignorante, aspectos que no necesariamente son el centro de su importancia, colateralidades que rápidamente dejarán de ser ciertas y que sólo llamaron su atención por no haberlas conocido antes. Al principiante, por su lado, el ímpetu juvenil, ansia de conocimiento y deseo de enciclopedismo lo desvían del camino impidiéndole llegar a la esencia y lo dejan en los tecnicismos difíciles de explicar.

En campo médico el entendimiento profundo requiere una perspectiva de largo plazo, un proceso de maduración activa, una lenta decantación. Sólo entonces surge lo importante y bello, la posibilidad de explicar lo difícil en palabras simples. Los grandes profesores no lo son tanto por sus complicados conocimientos técnicos, necesarios por cierto para llegar al resultado, sino por haber atravesado esos conoci-

mientos hasta descubrir la belleza y la importancia del fenómeno científico.

Neruda parece recorrer un camino diferente, una vía rápida. Difícil imaginar que haya dedicado mucho tiempo al estudio del asunto aludido, a mayor razón si pensamos que el problema apenas se conocía y ni siquiera se sospechaba la importancia que llegaría a tener. Es como si hubiese tomado el problema al vuelo y acertado el camino a la esencia con un catalizador mezcla de genialidad e intuición, y además predice su futura importancia con unos pocos versos imposibles de creer. Y escritos, además, con su maestría habitual.

Me estoy refiriendo específicamente a un fragmento del poema “Y cuánto vive”, incluido en el volumen *Estravagario* (Buenos Aires, Losada, 1958) y talvez asociado a otro poema del mismo libro, “Laringe”, que fue escrito a raíz de una seria afección a las cuerdas vocales: «Valentín, ya sabes que el médico me ordena silencio por dos meses... Juvencio Valle hubiera estado feliz. *Yo me alegré porque se pensaba algo peor.* Tengo un librito en el que escribo mis pensamientos como ser: a qué hora comemos?» (carta a Volodia Teitelboim, fechada en Isla Negra el 17.01.1958). El poema “Y cuánto vive” comienza justamente con una secuencia de ‘pensamientos’ (bajo forma de interrogantes) sobre la duración de la vida, vale decir, sobre la muerte ineluctable (y no olvidemos que, al momento en que esos ‘pensamientos’ se escriben, la primera causa de muerte en el mundo son las enfermedades infecciosas):

Cuánto vive el hombre, por fin?

Vive mil días o uno solo?

Una semana o varios siglos?

Por cuánto tiempo muere el hombre?

Qué quiere decir “Para Siempre”?

Preocupado por este asunto

me dediqué a aclarar las cosas.

A través de estas preguntas el poeta replantea una cuestión fundamental para el hombre. Una circunstancia biográfica, un riesgo de enfermedad incurable, ha funcionado como detonante. La búsqueda de respuesta aparece diseñada como una interrogación sucesiva y ascendente a tres categorías (simbólicas) de expertos: a *los sabios sacerdotes* en el nivel metafísico, a *los médicos* en el nivel científico, a *los enterradores* en el nivel de la vitalidad cotidiana y popular. En esta ocasión, claro



está, me interesa desmenuzar el notable fragmento de la interrogación a los médicos, que en estas materias se supone puedan tener opinión.

*Los médicos me recibieron,
entre una consulta y otra,
con un bisturí en cada mano,
saturados de aureomicina,
más ocupados cada día.*

Neruda primero describe el ambiente típicamente médico, entre una consulta y otra, más ocupados cada día. Es poco probable que él mismo haya sido atendido por los médicos con prisa, pues a la fecha era ya un hombre famoso y de muchos contactos, pero acierta al describir una actitud frecuente, por todos conocida, y que ha llegado a ser parte de la personalidad misma de los médicos. Tal vez conoció esta situación en su infancia de niño enfermizo.

Acierta también al describir a los médicos provistos de su armamento terapéutico, «con un bisturí en cada mano», dispuestos a curarlo todo, incluso aquello que no tiene remedio. El *furor curandi* de un oficio que es más llevadero cuando el médico se concentra en sus grandes capacidades para aliviar al prójimo, olvidando su pequeñez ante la enfermedad.

Al paso, como parte de la ambientación hay un éter que lo envuelve densamente todo: *saturados de aureomicina*. **Aureomicina**, desliza esta palabra como que no quiere la cosa, la pasa ante los ojos del lector como un bello neologismo. Pero no: la aureomicina es la clortetraciclina, el primer antibiótico de la familia de las tetraciclinas. Obtenido a partir del *Streptomyces aureofaciens*, resultado de una búsqueda a nivel mundial de microorganismos del suelo productores de antibióticos. Fue introducido en el uso clínico en 1948 y su vida fue más bien corta al ser reemplazado por la oxitetraciclina, su derivado inmediato dos años más tarde.

En Chile su uso no fue muy amplio, sólo se encuentran dos referencias en la bibliografía nacional. En 1950, el Dr.

Werner Bustamante reporta en la *Revista Chilena de Pediatría* su experiencia en dos casos de coqueluche tratados con aureomicina. En aquellos tiempos el uso de un fármaco en Chile dos años después de su introducción a nivel mundial debe haber sido todo un acontecimiento, entre otros motivos por las limitaciones económicas. Así se deduce del reporte del Dr. Bustamante, quien así refiere uno de los casos: «En un comienzo recibe sedantes y vitamina C, pero en vista de que los padres cuentan con las facilidades del caso para adquirir aureomicina, se suspende todo tratamiento y se le instituye, a los 12 días aproximadamente de enfermedad, un tratamiento con este nuevo antibiótico». Dos años más tarde el Dr. Julio Meneghello, padre de la pediatría en Chile, publica su experiencia con el uso de aureomicina oral en la meningitis aguda purulenta del niño. En este caso se trata de 16 niños con infección meníngea. En 9 de ellos el tratamiento con el nuevo antibiótico fue exitoso y en 7 fracasó, lo que sugiere que para entonces ya había surgido la resistencia de los gérmenes a la clortetraciclina. De aquí proviene otra de las sorpresas que nos brinda el poema.

Quien haya mencionado a Neruda la existencia de tal antibiótico debe haber sido alguien muy bien informado o haber captado el valor del nombre *aureomicina* como material poético. Ya hemos visto que la vida del antibiótico fue más bien corta al ser reemplazado por otro derivado. Por Chile su paso fue fugaz, entre 1950 y 1952 (*Estravagario* comenzó a escribirse en 1957 y se publicó en 1958), todo en un plazo muy corto en relación a la velocidad con que la información fluía a mediados del siglo pasado. Si bien Neruda viajó mucho en esos años, es poco probable que en viajes llenos de actividades literarias y políticas se haya informado de la existencia del novel antibiótico.

Es posible que su fuente haya sido el Dr. Francisco Velasco, su amigo desde 1952, después vecino en La Sebastiana y consejero en asuntos médicos. El Dr. Velasco, fue director del hospital Salvador de Valparaíso, un hospital dedicado a en-

fermos mentales, pero antes fue médico infectólogo. También es un hombre sensible, profesor de historia del arte, ha escrito varios libros sobre Neruda (*Neruda a través de sus metáforas*, publicado en 1984; *Neruda, el gran amigo*, en 1986, y *Los rostros de Neruda* en 1988). Así cumple con las condiciones de poder haber estado informado y captar el valor de *aureomicina* como material poético. Hemos conversado con el Dr. Velasco recientemente (julio 2009, entrevista personal) y nos ha señalado que es posible pero no seguro. En su infinita curiosidad Neruda lo interrogó muchas veces sobre muchos temas.

Hasta aquí hemos visto como Neruda usa como material poético el nombre comercial de un antibiótico de muy reciente introducción. Lo cual ya es curioso en sí mismo, pero lo realmente sorprendente viene en los versos sucesivos:

*Según supe por lo que hablaban
el problema era como sigue:
nunca murió tanto microbio,
toneladas de ellos caían,
pero los pocos que quedaron
se manifestaban perversos.*

La descripción del problema no puede ser más acertada. Desde la aparición de los antibióticos en la práctica clínica hemos vivido este paradigma: al surgir un nuevo

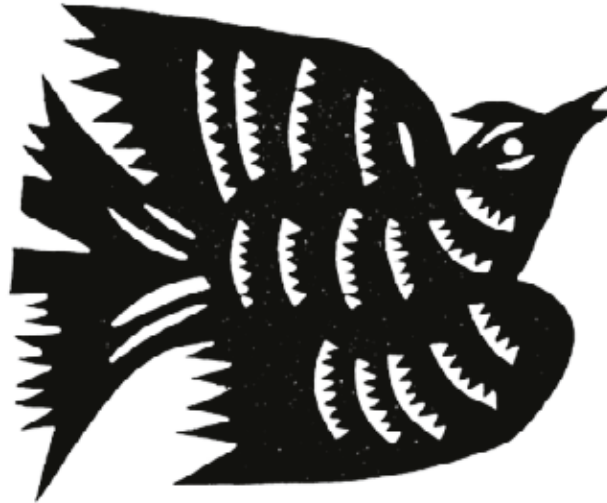


antibiótico surge también la resistencia de las bacterias y éste se hace inútil, pero ya aparece otro nuevo antibiótico que salva la situación. Nada han logrado los expertos que durante muchos años han señalado los riesgos del uso indiscriminado de estos medicamentos. Por ser tan útiles, y su efecto tan espectacular cuando están bien indicados, la tentación de usarlos indiscriminadamente ha sido irresistible por muchos años. Uno de los títulos de conferencia más frecuente por años ha sido: *Uso y Abuso de Antibióticos* y se escuchan frases tan ingeniosas como: «Deja que el antibiótico busque la infección». No cabe duda que nunca murió tanto microbio, toneladas de ellos han caído.

La consecuencia ha sido la reversión de los gérmenes. Muy poco después de que los antibióticos fueron introducidos como parte del arsenal terapéutico de la medicina se observó un curioso fenómeno. En un tiempo variable después del comienzo de uso de una de estas sustancias las bacterias que antes morían se hacen resistentes al efecto antibiótico. Los mecanismos por los cuales las bacterias logran hacerse resistentes a los antibióticos son de lo más ingeniosas que uno pudiera imaginar. Van desde el desarrollo de enzimas capaces de degradar la sustancia, modificaciones genéticas para modificar los sitios en que el antibiótico necesita unirse para penetrar la bacteria o engrosar su pared como quien adquiere una coraza. Más aún, en algunas ocasiones estos mecanismos se traspasan de bacterias de una especie a las de otra. Con algo de razón el asunto ha sido visto por algunos como una batalla en que nosotros desarrollamos nuevas armas y nuestro enemigo nuevas defensas ante estas, una batalla que lleva 70 años y en la que parece llevamos las de perder. No cabe duda entonces: *nunca murió tanto microbio, / toneladas de ellos caían, / pero los pocos que quedaron / se manifestaban perversos.*

Es difícil especular acerca de cómo Neruda llegó a entender el fenómeno de la

resistencia a los antibióticos. Posiblemente recibió información de parte de algún experto, pero esta vez puedo estar seguro de que no fue el Dr. Velasco, su amigo infectólogo. En 1986 conversé con él y me hizo un comentario que recuerdo hasta hoy y que descarta que haya valorado la importancia de la resistencia a los antibióticos. Dijo, en ese entonces, que los infectólogos habían hecho tan bien su tra-



bajo que se habían quedado sin trabajo. Me ha repetido recientemente su afirmación, echando por tierra mi ilusión de que se tratara de una metáfora por descifrar. Nada más equivocado que la apreciación de nuestro querido Dr. Velasco: con el tiempo, y en gran medida debido a la resistencia de los gérmenes a los antibióticos, la infectología ha aumentado su importancia en la medicina llegando a ser una especialidad muy preciada y con mucho trabajo.

*Me dejaron tan asustado
que busqué a los enterradores.
Me fui a los ríos donde queman
grandes cadáveres pintados,
pequeños muertos huesudos,
emperadores recubiertos
por escamas aterradoras*

¿De qué pudo asustarse tanto el poeta? Al momento de escribir los versos se conocía la capacidad de los gérmenes de desarrollar resistencia, pero ni remotamente se visualizaba la importancia que llegaría a tener, la que de verdad produce susto.

La primera referencia en Chile a este fenómeno como un problema lo encontramos en una conferencia del Dr. Paredes titulada “El Problema de la Resistencia de los Gérmenes a los Antibióticos” (en C. Larraín, *Historia de la Sociedad Médica de Santiago*), que obtuvo un premio de la Sociedad Médica de Santiago en 1957. Sin embargo solo emergió como un problema de cierta importancia clínica a principios de los setenta con la aparición de resistencia a las penicilinas semisintéticas. Con el tiempo ha llegado a ser una dramática realidad de la medicina actual.

Un reciente artículo del prestigioso *New England Journal of Medicine* comenta el «súper desafío» que representa la resistencia de los gérmenes a los antibióticos para la medicina del siglo XXI. Para ilustrar la situación comienza describiendo dos casos que me permito resumir.

El primero data de 1942, en un hospital en New Haven una mujer de 33 años estaba muriendo a causa de una septicemia por estreptococo. A pesar de todos los esfuerzos de los médicos, que habían aplicado todos los conocimientos de la ciencia médica, no habían podido erradicar al germen de su sangre. Entonces consiguieron pequeñas cantidades de una sustancia recientemente descubierta llamada penicilina, la que inyectaron cuidadosamente a la paciente. Después de varias dosis la paciente se recobró completamente y vivió hasta los noventa años. El segundo data de 2008 y describe el caso de un hombre de 77 años afectado de una endocarditis infecciosa (infección de la capa más interna del corazón) por *Enterococcus faecium* resistente a la vancomicina (el antibiótico indicado en este tipo de infecciones). A pesar de la administración por muchos días

de los mejores antibióticos, fue imposible erradicar el germen resistente a todos ellos y el paciente falleció con el germen circulando en su sangre.

Los dos ejemplos muestran cómo después de 66 años hemos recorrido un camino circular que nos ha dejado en el punto de partida, la era previa a los antibióticos. Más aún, en los últimos años la investigación de nuevas sustancias antibióticas por parte de la industria farmacéutica ha decaído enormemente, poniéndonos en riesgo de quedar sin armas efectivas contra el enemigo.

Otra mirada posible es desde la salud pública, donde el problema es igualmente alarmante y se puede ilustrar con la situación de una vieja amiga de la humanidad, la tuberculosis. A pesar de haberse estabilizado su frecuencia en los últimos años, la tuberculosis sigue afectando a 10 millones de individuos en el mundo cada año (el 80% en países pobres), de los cuales 500.000 son causados por gérmenes resistentes a múltiples antibióticos. Se estima que el plan global para detener la tuberculosis requerirá entre el 2009 y el 2015 tratar 1.400.000 casos de tuberculosis causada por este tipo de gérmenes con un costo de 16.9 mil millones de dólares, 61 veces lo disponible actualmente para este plan.

Estos versos son un buen ejemplo del oficio de Neruda, un poeta íntimamente ligado a la naturaleza, un científico de alto nivel, poseedor de infinita curiosidad y dotado de la intuición propia de los grandes maestros. Hemos buscado sin éxito sus fuentes de información. Para entender cómo llegó a conocer, entender profundamente y proyectar de forma tan acertada el asunto, sólo podemos recurrir a la segunda acepción de Vate: *adivino*. ♦



TESTIMONIOS

Con Neruda en 1958

EDITH SCANDRO

Cantante argentina

Edith Scandro es una cantante argentina nacida en Río Negro. Cursó sus estudios de canto y guitarra en el Conservatorio Nacional de Música “López Buchardo”, para luego perfeccionarse en la Escuela de Solistas de Ópera del Teatro Colón de Buenos Aires. Sus maestros de canto fueron: Enrique Susini e Isabel Marengo.

Luego de protagonizar zarzuelas y operetas como *Marina*, *Molinos de Viento*, *Luisa Fernanda* (en el Teatro Colón, en el Avenida, en el Astral) realizó numerosas presentaciones en conciertos de música de cámara (Teatro Cervantes, Auditorium de Caja de Ahorro), inclinándose por último hacia el canto internacional y popular.

También Santiago de Chile fue testigo de su música en 1958 con actuaciones en El Escorial, en el Hotel Carrera Hilton, en la naciente TV chilena y en Radio Minería. Aquí tuvo la oportunidad de conocer a una especial pareja de admiradores y posteriores amigos: Pablo Neruda y su mujer, Matilde. El punto más alto de su popularidad en Chile lo alcanzó su actuación en el Teatro Caupolicán ante más de 5000 personas, interpretando temas que, como “La picaronera”, provocaron gran entusiasmo en el público.

—Dante Luchetti

Mi encuentro con Neruda

Mis canciones me llevaron por lejanos y hermosos países. Así fue que entre tanta gente, un día de 1958 me invitan a un almuerzo que se realizó en las Viñas de Rancagua, en plena Cordillera de los Andes. Era un paisaje de ensueño, las viñas de extensión enorme, estaban rodeadas de altísimas montañas con sus picos nevados.

Esta propiedad pertenecía al escritor Baltazar Castro. Allí entre tantas figuras del teatro y de las letras, conocí a Pablo Neruda, que llegó desde Isla Negra con su inseparable Matilde.

Su figura era imponente, con un gran poncho que le cubría hasta los pies y su rostro apacible y sonriente. Estreché fuerte su cálida mano y surgió una corriente de simpatía. Hablamos de mi país, Argentina, que él quería mucho, y en esa ocasión me regaló un ejemplar de sus *Veinte poemas de amor*, con dedicatoria que dice:

«Para Edith Scandro, su nuevo amigo: Pablo Neruda. 1958 / En las Viñas de Rancagua».

Volví a hablar con él en varias oportunidades en casas de amigos comunes. Conocer a Pablo Neruda fue para mí algo que estará siempre en mi memoria y en mi corazón. ♦

– Edith Scandro



Con Neruda en Budapest (1965)

Dra. INÉS RUBIO RIQUELME

Médico veterinario



A fines del año 1964 nos llamó el Secretario General de la Universidad de Chile, profesor Álvaro Bunster, y nos dijo que nuestra universidad había firmado un convenio con la Universidad de Budapest para becar a dos personas que trabajaran en Biología del Suelo. Bunster conocía nuestra trayectoria, la mía y la de mi marido y colega Wladimir Hermosilla [hermano de Nurielén y fallecido hace pocas semanas, *ndr*], y nos ofreció las becas. Las aceptamos y en febrero del año '65 viajamos a Hungría donde fuimos recibidos por el Departamento de Biología del Suelo de la Universidad de Budapest. Nosotros llevábamos material chileno recolectado en el Cerro El Roble. Wladimir Hermosilla iba a trabajar en Nemátodos del suelo y yo en Colémbolos.

Un día nuestra intérprete, que había vivido en Chile, nos concertó una cita con Pablo Neruda. El poeta sabía que yo, Inés Rubio, había descubierto una especie nueva para la ciencia y le había asignado un nombre dedicado a él: *Isotomina nerudai*, *n.sp.*

Neruda nos recibió amablemente en la terraza de su hotel, en Buda (parte alta de la ciudad). Desde allí veíamos uno de los puentes que cruza el Danubio, de estructura moderna, y de pronto Neruda dijo: «qué maravilla, este puente es un violín de plata», y nosotros nos reímos y le dijimos «qué maravilla ser poeta», porque a nosotros, que lo cruzamos todos los días, sólo nos viene decir «qué lindo el puente».

Ya nos sentimos con más confianza y yo le presenté la *separata* de mi trabajo. La empezó a hojear hasta que encontró mis dibujos de la nueva especie dedicada a él: *Isotomina Nerudai*, *n.sp.* Miró con mucho detalle los dibujos y continuó hojeando la *separata*. De pronto llamó su atención otra especie, *Delamarellina Guilléni*,

n.sp., y me preguntó «¿por qué se llama así?», y yo le respondí que esa especie estaba dedicada al Profesor Dr. C. Delamare Deboutteville y al poeta cubano Nicolás Guillén. Guardó un silencio profundo, le cambió el rostro, cerró la *separata* y no nos dirigió más la palabra.

Nos miramos con mi marido, y como esa situación de extrema incomodidad se prolongaba sin que el poeta nos explicara cuál había sido nuestro error, bueno, no nos quedó sino despedirnos cabizbajos con el misterio de nuestra *gaffe* a cuestas.

Poco tiempo después nuestra intérprete nos descifró el enigma: Neruda detestaba a Guillén, y viceversa. Nosotros, seres de otro planeta intelectual, obviamente no teníamos idea de la enemistad entre Pablo y Nicolás. Pero en Budapest nos tocó sufrir sus efectos. ♦



Neruda 1969: un viaje al corazón de Isla Negra

FERNANDO BARRAZA

Periodista

Fue en la década del cincuenta, en mi arremolinada adolescencia serenense, seguramente alfombrada por los luminosos ojos verdes de mi propia Beatriz de ese momento, que, como una música de fondo, atenuada primero y arrobadora después, irrumpió la poesía amorosa de Pablo Neruda en mi vida, dejando trémulo de romanticismo al muchacho pálido, delgado y triste que un día fui.

Yo había descubierto el mundo de la lectura, pocos años antes, gracias a un compañero judío y pelirrojo, que estaba autorizado para no entrar a la capilla y siempre andaba con un libro bajo el brazo; gracias al viejo conservador de la biblioteca municipal de La Serena que yo frecuentaba, después de clases, hacia el crepúsculo; y a un estante negro, cerrado con llave, instalado en el escritorio de mi padre, desde donde, subrepticamente, sacaba un volumen al azar y me lo llevaba a mi refugio, sin que se notara, para leerlo a escondidas.

Neruda me abrió las puertas de la poesía de par en par y quise ser poeta, extasiado entre los marineros que besan y se van y desde el fondo de mí y arrodillado, un niño triste, como yo, nos mira. Y después, como un torrente, trastrocó los propios poemas que yo escribía y los puso patas arriba, desalojó a las golondrinas de Bécquer, que no volvieron a mi balcón, y hasta hizo tambalear las coronas gabrielanas de todas íbamos a ser reinas de cuatro reinos sobre el mar...

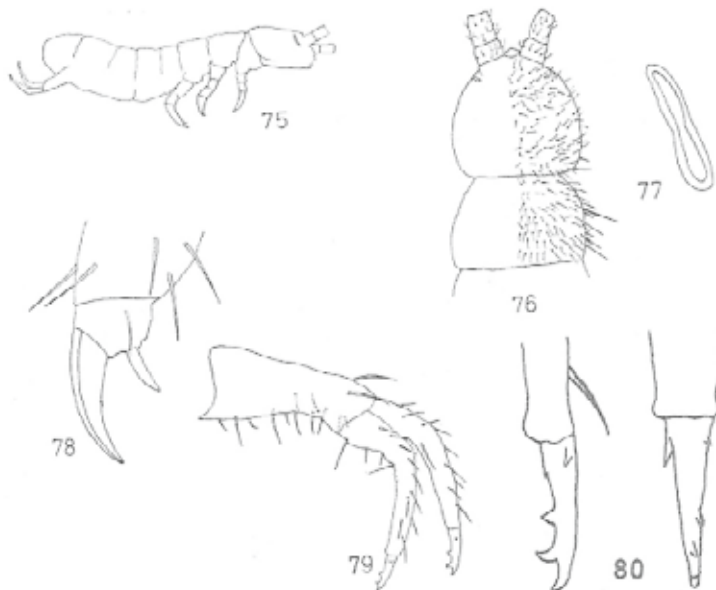
Con el correr del tiempo, el universo de Neruda influyó para siempre en mi mirada de mundo, quise sacarme los ojos y comérmelos, me estremeció ver la sangre corriendo por las calles, y, me sigue sucediendo que, a veces, me canso de ser hombre...

el tercer par de patas, un diente ventral muy pequeño, apenas esbozado. Tenent hairs clavados ausentes.

Fúrcula bien desarrollada. Manubrio con sólo 2 pelos ventrales en su borde distal. Mucrones 5-dentados, con 3 dientes sagitales y 2 laterales cerca del dens. El diente lateral interno bien desarrollado, al revés del extremo que es apenas visible. Tenáculo con 4+4 rebarbas y un pelo en el corpus. Manubrio: dens: mucro como 3,6: 4,4: 1.

JUSTIFICACION. La especie más próxima es *Isotomina caeca* Gisin 1960, de la cual se diferencia por tener 5 (no 4) dientes mucronales, O.P.A. levemente estrangulado; tenáculo con 1 pelo (no 2) en el corpus, macroquetas posteriores del abdomen 3 (no 2,3) veces más largas que los mucrones, y porque en el Abd. I hay 3-4 (no 5-6) hileras de sedas dorsales.

Dedicamos esta especie al poeta chileno Pablo Neruda.



Figs. 75-80. *Isotomina nerudai* n.sp. 75, cuerpo entero. 76, quetotaxia de la cabeza y tótax I. 77, O.P.A. 78, pata III. 79, fúrcula. 80, mucrones.

121

Página donde se ilustra la nueva especie *Isotomina nerudai*.



EL POETA EN PERSONA

Sería en la década siguiente, hace justo cuarenta años, en un significativo 1969 (¿por qué los ciclos tienen que medirse en ceros y no en nueves?), ya con mucha poesía bajo el cuerpo, que conocería personalmente al poeta.

Terminados mis estudios de periodismo en la Universidad de Chile, pero llevando también en la mochila mis andanzas por Derecho, Teatro y Filosofía y los ojos de interminables beatrices, empecé a trabajar en la sección cultura de la revista *Ercilla*, cuyo editor era el inolvidable periodista Hans Ehrman.

Empeñados como estaban los de editorial Zig-Zag, en transformar a *Ercilla* en algo así como la versión chilena del *Newsweek*, habían formado un equipo contundente: Alfonso Calderón, Antonio Skármeta, Ariel Dorfman, el dramaturgo Sergio Vodanovic y el dibujante humorístico Fernando Krahm, colaboradores que, años después, formaríamos parte de la revista *Ahora* y de la producción cultural *La Quinta Rueda*, dos iniciativas de la editorial Quimantú, en plena Unidad Popular.

Yo era un joven y desconocido periodista, que reportaba la primera gira a Chile de Raphael de España o de un joven catalán que no quería cantar en castellano, lla-

mado Joan Manuel Serrat, y que daba a conocer a Víctor Jara, Ángel e Isabel Parra, Inti Illimani, Patricio Manns y todas las figuras de la Nueva Canción Chilena, arropadas en el recuerdo y la vigencia de la inolvidable Violeta Parra, que se había suicidado dos años antes.

Cuando Hans Ehrman estaba de viaje, lo que sucedía a menudo, yo me hacía cargo de editar las páginas de Cultura de la revista *Ercilla*. La estrella del equipo era nada menos que Pablo Neruda, que publicaba una columna cada dos semanas, sobre los temas más diversos.

Así conocí a Homero Arce, a la sazón secretario personal del poeta, que traía personalmente desde Isla Negra los textos originales escritos a mano. Homero era humilde, cultivaba un bajo perfil, era incondicional del vate y tenía una forma muy sutil de darme instrucciones: «Fernando, el poeta sugiere una ilustración...».

Estaba claro que para Homero Arce no había otro poeta en el mundo que no fuera Pablo Neruda, por lo que no era necesario nombrarlo. Para mí, por lo demás, no quedaban dudas que las *sugerencias* del poeta eran órdenes, que sólo cabía cumplir, lo que para un ferviente nerudiano no era sino una grata obligación...

Participar, aunque fuera ocasionalmente y en un rol bastante secundario, en el proceso periodístico de producir las colum-

nas del gran poeta, era un privilegio y un sueño, más que una exigencia laboral.

Pero el destino me tenía reservadas sorpresas aún mayores...

UN BARMAN FAMOSO...

Hans Ehrman, irónico crítico de cine y ballet y gran fotógrafo, era amigo de Pablo Neruda y yo sabía que, incluso, frecuentaba la casa del poeta en el balneario de Isla Negra, donde le había hecho algunas notables fotografías. Recuerdo que, al poco tiempo, en el otoño de 1971, cuando al regresar desde la Feria de Leipzig recalé unas semanas en París, le llevé personalmente al poeta, que pocas semanas después ganaría el Premio Nobel de Literatura, unas fotos que Hans le mandó de regalo.

Pero en 1969, yo pensaba sinceramente que mi aproximación a Neruda, a través de Homero Arce, era más de lo que yo podía haber imaginado en mi adolescencia serenense.

Me había quedado corto. En el invierno de 1969, Hans nos comunicó que el poeta nos invitaba a almorzar en su casa de Isla Negra. Partimos muy temprano al balneario cercano, en un auto, Antonio Skármeta, Alfonso Calderón, Ariel Dorfman, el propio Hans y yo, a pasar el día en la casa de Neruda.

Antes del mediodía, estábamos tocando la campana, que hacía las veces de timbre en la residencia del poeta, quien salió personalmente a recibirnos, junto con su esposa, Matilde Urrutia, mientras dos gigantes perros saltaban alrededor.

Tras las presentaciones, Neruda nos mostró minuciosamente toda la casa, con explicaciones sobre su construcción y los detalles de sus colecciones. ¡Privilegio de los dioses, un tour con semejante guía!

El día era hermoso, con la sinfonía interminable de las olas como música de fondo y el poeta, que lucía muy alegre y como un excelente anfitrión, nos preparó de su propia mano unos moluscos a las brasas, al aire libre, con unas ramas que él mismo recolectó y luego, como experto barman, preparó unos tragos en el mítico bar, como se puede ver en la fotografía, tomada por Hans, que todavía guardo con orgullo, a cuarenta años de dis-

tancia, y que se salvó por milagro cuando fui detenido y allanada mi casa, en el barrio Bellavista, el 18 de septiembre de 1973.

Después almorzamos en el comedor, pasadas las dos de la tarde, en la famosa mesa redonda, donde compartimos un caldillo de *vieja*, pescado favorito de Neruda, luego corvina a la plancha, ensaladas, frutas naturales de postre, todo acompañado de exquisitos mostos, culminando con el bajativo, que lo tomamos en el amplio estar, con vista a las olas encabritadas de Isla Negra que, como es habitual, se estrellan incesantemente contra las rocas de la playa.

Después, una sabrosa charla de sobremesa, donde Neruda llevó la voz cantante, animado y entretenido, contando entretelones de sus viajes y algunas anécdotas sobre Vicente Huidobro que, aunque inocentes, no lo dejaban muy bien parado. Matilde, quizás preocupada porque había periodistas, le decía reiteradamente: «No, Pablito, si no es así, usted está equivocado...».

Como a las cuatro de la tarde, intempestivamente y con la mayor naturalidad, nos comunicó: «Queden en su casa, yo no perdono la siesta...». Reapareció una hora después, nos invitó a dar una caminata, para conocer Cantalao, su proyecto de una ciudad de artistas, que lo tenía muy entusiasmado, y después lo acompañamos a la Hostería, para que hiciera algunas llamadas telefónicas, ya que, en ese tiempo, esa era la única forma de comunicarse fuera del pueblo.

Ya cayendo el crepúsculo, nos despedimos, dando por terminado el intenso día nerudiano. Se han cumplido cuarenta años y las imágenes permanecen imborrables, tan nítidas como su voz y la forma original y poética de su lenguaje. Lo percibí natural, relajado, sencillo, sin poses ni aspavientos, deliciosamente autorreferente, repleto de anécdotas, alejado de toda grandilocuencia, quizás porque no la necesitaba: transformaba en poesía todo lo que tocaba... ♦

1972: *Neruda y María*

PEDRO LASTRA

Universidad Católica de Chile



Al referirme al aprecio de Pablo Neruda por la novela de Isaacs, empezaré resumiendo un testimonio que fue revelación y sorpresa para quienes tuvimos una conversación con él durante un encuentro —fue el último— ocurrido en abril de 1972. Neruda estaba en Nueva York como invitado del PEN CLUB para dar una conferencia sobre Walt Whitman y, después de ese acto, asistir a un homenaje de escritores y amigos en una recepción organizada por el Embajador de Chile ante las Naciones Unidas, su viejo compañero, el poeta Humberto Díaz Casanueva.

Recibí una invitación del poeta Díaz Casanueva y fui a ese homenaje (a la conferencia no pudimos entrar) con dos colegas del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Nueva York en Stony Brook. Uno de ellos era el hispanoamericanista estadounidense Ivan Schulman, reconocido estudioso de la obra de José Martí.

Neruda y Matilde llegaron guiados por Fernando Alegría, quien poco después se acercó a decirme que el asediado poeta y su esposa nos invitaban a visitarlo esa noche en el Hotel Algonquin, donde se hospedaban. Allí fuimos, a la hora indicada. Mis colegas iban a conocer finalmente al poeta que leían y estudiaban desde hacía mucho tiempo. Los entusiasmaba esta circunstancia, y sobre todo porque les había adelantado que las conversaciones con Neruda podían ser muy animadas y sorprendentes, y no sólo cuando se trataba de temas poéticos: les había contado, por ejemplo, un diálogo con Alejo Carpentier y con él en su casa de Santiago, en enero de 1962, en el

cual me asombró su conocimiento de los escritores del siglo XIX. Sabía que yo estaba interesado en el cuento hispanoamericano de aquel siglo, y como un rasgo de su carácter era la atención que le suscitaba el quehacer de los escritores más jóvenes, él y Carpentier me hablaron y me ilustraron en aquella oportunidad, para mí memorable, sobre libros y autores de esa época.

Diez años después Neruda no había olvidado nuestro diálogo y en algún momento me preguntó si seguían preocupándome las viejas lecturas. Le dije que ésa era, ahora mismo, la materia de uno de mis cursos en Stony Brook y quiso saber si estaba *María* [1867] en mi programa, porque le parecía que los jóvenes de este tiempo, na-



Portada *María* de Jorge Isaacs, Barcelona, 1882. De la biblioteca del poeta (FPN).

turalmente más sensibles a la recepción de obras de actualidad, no estimaban mucho esa novela, por lo mismo que no la frecuentaban o porque la desconocían del todo. Nosotros teníamos, sin embargo, una impresión más positiva, y creo que fue a esa altura de la conversación que recordamos el interés de José Martí por Isaacs: Neruda celebró que anduviéramos en tan buena compañía.

Al regresar a Stony Brook comentamos el encuentro con un Neruda ya agobiado por la enfermedad, pero siempre comunicativo, y nos dimos cuenta de que la mayor parte del tiempo habíamos hablado de *María*. Estuvimos de acuerdo en que para el poeta del amor que nunca dejó de ser Neruda, la novela de Isaacs significaba algo más que una vivencia de lectura: la entendía como una experiencia de vida. La habría leído, sin duda, muchas veces, porque en aquella ocasión se refirió a ediciones y a prólogos que juzgaba valiosos, como el de Enrique Anderson Imbert a la edición del Fondo de Cultura Económica.

Años más tarde, al evocar aquel encuentro recordé otras pruebas de su sostenido y constante fervor por *María*. Por ejemplo, el poema «Los libros», que aparece en una de sus obras queridas pues se trata, como dice el colofón, de «veinte poemas inéditos y autobiográficos» escritos hacia 1962 y editados de manera especial (para bibliófilos) en Alpignano, Italia, en la Imprenta de Alberto Tallone, 1963, con el título *Sumario. Libro donde nace la lluvia*. Al año siguiente ese mismo libro inicia, como se sabe —y ahora sólo con el título *Donde nace la lluvia*—, la serie de cinco volúmenes de su *Memorial de Isla Negra*, verdadero despliegue poético de su historia personal y política.

En el poema «Los libros» culmina la manifestación apreciativa por la novela de Isaacs; pero antes de llegar a ese poema hubo también un fugaz antecedente en el artículo-discurso «A Eduardo Carranza», datado el 1 de junio de 1946 y leído en el homenaje de un grupo de escritores chilenos al poeta colombiano que desempeñaba en Santiago tareas diplomáticas, como Jorge Isaacs en el siglo anterior. Empieza así:

Quando por muchos años y por
muchas regiones mi pensamiento se
detenía en Colombia, se me aparecía
tu vasta tierra verde y forestal,
el río Cauca hinchado por las lágrimas
de María y planeando sobre
todas las tierras y los ríos, como
pañuelos de terciopelo celestial, las
extraordinarias mariposas
amazónicas...

El poema de *Sumario*, o *Donde nace la lluvia*, tiene, por cierto, un significado mayor que el de ese fragmento: es una expresión reveladora de aquellas experiencias de germinación poética que el propio Neruda declaró en su *Discurso de Incorporación a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile*, el 30 de marzo de 1962:

...es por orgullo y no por modestia que
proclamo a todos los poetas mis
maestros, pues, qué sería de mí sin
mis largas lecturas de cuanto se
escribió en mi patria y en todos los
versos de la poesía?



Portadilla de la edición 1882.

He aquí el poema:

LOS LIBROS

*Libros sagrados y sobados, libros
devorados, devoradores,
secretos,
en las faltriqueras:
Nietzsche, con olor a membrillos,
y subrepticio y subterráneo
Gorki caminaba conmigo.
Oh aquel momento mortal
en las rocas de Víctor Hugo
cuando el pastor casa a su novia
después de derrotar al pulpo,
y el Jorobado de París
sobre circulando en las venas
de la gótica anatomía.
Oh María de Jorge Isaacs,
beso blanco en el día rojo
de las haciendas celestes
que allí se inmovilizaron
con el azúcar mentiroso
que nos hizo llorar de puros.*

*Los libros tejieron, cavaron,
deslizaron su serpentina
y poco a poco, detrás
de las cosas, de los trabajos,
surgió como un olor amargo
con la claridad de la sal
el árbol del conocimiento.*

El poema se desarrolla como proceso de búsqueda del «árbol del conocimiento» y su lección remite —como las otras diecinueve piezas del volumen— a momentos formativos esenciales: aquí, fundamentalmente a la adolescencia: obsérvese la continuidad y la intención de las menciones: un libro de Nietzsche oculto en el bolsillo, junto a la aromática fruta invernal que impregna las páginas con su olor; el amargo mundo de Gorki, que debe haber sido lectura aún más sospechosa y culpable, si cabe, para los mayores que rodeaban al adolescente; la fascinación de las narraciones de Víctor Hugo —aún no su poesía que lo conquistará después— y, finalmente, la ya ensoñada y dolorosa vivencia de lo sentimental en el ámbito de la novela de Isaacs, tensada entre los motivos de amor, naturaleza y muerte. Se trata en este con-

texto de una significativa y meditada selección de indicios en la cual la figura emblemática de María adquiere singular relevancia al estar situada al término de la enumeración: he aquí una historia, dice el hablante, «que nos hizo llorar de puros». Y uno se siente inclinado a decir algo más: que acaso contribuyó a cristalizar en él esa condición que Amado Alonso reconoció más tarde en su poesía: «romántica por la exacerbación del sentimiento».

Por eso pienso que la «Vindicación de la María...» escrita en 1937 por Borges se puede acercar en más de un sentido a las apreciaciones de Neruda que he señalado: tal vez él hubiera suscrito el juicio de Borges, para quien Isaacs «no era más romántico que nosotros» y estimar también como un mérito literario su capacidad «de deplorar que el amor de dos bellas personas quedara insatisfecho». Ya sabemos que el ensayo de Borges intenta demostrar esas aserciones y no serán escasos los lectores que compartan su lectura. Desde luego, yo me declaro uno de ellos.

Por otra parte, es oportuno recordar que Neruda había reivindicado polémicamente esa constante romántica en su artículo «Sobre una poesía sin pureza», prólogo o declaración de principios con que presentó en octubre de 1935 su revista *Caballo Verde para la Poesía*:

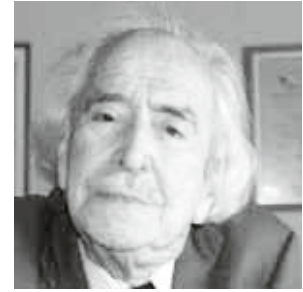
Y no olvidemos nunca la melancolía, el gastado sentimentalismo, perfectos frutos impuros de maravillosa calidad olvidada, dejados atrás por el frenético libresco: la luz de la luna, el cisne en el anochecer, «corazón mío» son sin duda lo poético elemental e imprescindible. Quien huye del mal gusto cae en el hielo.

La conversación de 1972 sobre *María* que he resumido en las páginas anteriores me ha llevado como de la mano a ese párrafo de 1935. ♦

Septiembre de 1973: una primavera dolorosa

EDMUNDO HERRERA

Escritor



Cuando supimos que habían internado a Pablo Neruda en la Clínica Santa María una congoja oscura voló a nuestro corazón.

El día 23 de septiembre de 1973, como a la una de la mañana, me llama Ester Matte Alessandri para decirme, llorosa, que había muerto Pablo. Vinieron algunas lágrimas a poblar nuestros ojos.

Cuando supe que Neruda había muerto, llamé a Francisco Coloane para que hablara a nombre de la SECh [Sociedad de Escritores de Chile], que había dirigido tantos años, pero me dijo que estaba muy afectado y no podría hablar. Entonces escribí mi discurso.

Al otro día, temprano, ya estaba en La Chascona. Destrucción, todo hecho añicos, ventanales rotos, porcelanas en el suelo, caracolas quebradas, el agua inundando el patio. Las cosas que amó el poeta estaban esparcidas por todos lados.

Un reloj grande, de esos de campana, también caído. Habían sucumbido frente a las fuerzas armadas de la dictadura que instalaba en Chile su reinado del terror.

Una pena inmensa vino a mi vida. Subí a donde tenían a Pablo, sin ataúd aún. Una corona de los Reyes de Suecia a los pies del poeta. Era el homenaje de un pueblo a la Cultura, a la Creación.

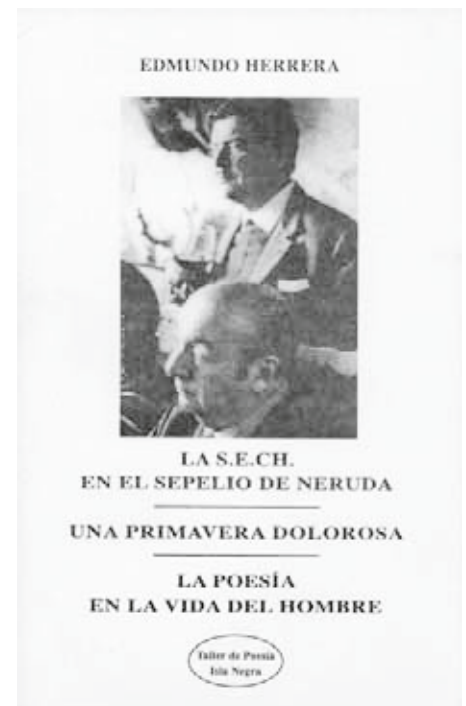
Estábamos ahí cuando llegó el edecán del dictador, venía con un general desagradable, vestido con uniforme de guerrero, pistolas en la cintura y ametralladora en mano. Un insulto hecho uniforme en esa casa.

El edecán Morel pidió hablar con Matilde que venía bajando la escalera y al verlos se devolvió y no los recibió. Entonces entendí que la poesía tiene un rostro,

una dignidad que deben ser la lección para un pueblo. Las dictaduras saben que la poesía es peligrosa para los que quieren sojuzgar al hombre libre.

Al otro día sería el funeral y quedamos de acuerdo con Ester Matte Alessandri que la iría a buscar a su casa. Cuando llegué también estaba Luis Alberto Mansilla. Nos fuimos a la casa de Pablo y vimos por todos los alrededores a espías de la siniestra CNI, soldados, carabineros. Estaban vigilando la casa del poeta.

Nos costó mucho sacar a la calle el féretro. Mucha gente se había reunido afuera. Era la primavera que quería despedir a su poeta, al Hombre que nunca dejó de cantar.



Se sentían canciones y gritos cercanos. Nos fuimos en la citroneta de Ester, con ella, Fanny Fischer y Teruca Hamel. La dejamos cerca del cementerio, en un lugar estratégico, y nos sumamos a la enorme caravana que avanzaba lentamente por las calles.

Mi compañera me había dicho temprano que no fuera, que era muy peligroso y que, a lo mejor, no podría volver. Le dije que tenía un discurso escrito para despedirlo a nombre de los escritores chilenos. Yo era el presidente de la Sociedad de Escritores de Chile y no iba a claudicar en ese instante. Tengo una conciencia moral responsable y si había que pagar con la vida por un ideal, no iba yo a retroceder.

Dolor en los rostros, los puños en alto, desafiantes a tanta arma apuntando. Y canciones para decirle al poeta que el pueblo estaba presente en su hora postrera. La Armada le había quitado su derecho a seguir poniéndose bombas de cobalto en el Hospital de la Marina. Por eso Neruda se agravó.

Era morir llegar al Cementerio. Ejércitos completos estaban al acecho. Unidos brazo a brazo entramos cantando la *Internacional*. Conmovido mi corazón saltaba.

Días atrás los amigos diplomáticos de la República Democrática Alemana me habían llamado para que me refugiara en la Embajada con mi familia. Tres veces repitieron el ofrecimiento, día a día. Al final, desistí. No pensé en mi seguridad, me había hecho el propósito de luchar contra la dictadura.

Avanzamos con el féretro hasta el mausoleo de los Dittborn.

Periodistas de todo el mundo nos asestaban. Creo que mi discurso lo entregué a algunos. Aún guardo copia de él.

Horas negras, oscuras para el país. Se instaló la muerte y la persecución. Se quería asesinar la alegría y la esperanza.

Una vez que hablé (lo hice como presidente de la SECh), Coloane, que al final pudo concurrir, se acercó e improvisó su despedida al gran amigo.

Entonces los caballos blancos de la

Poesía cruzaron el cielo y el Poeta entró a la eternidad.

Hubo cantos, otros discursos, poemas.

Cuando estábamos entrando el féretro al mausoleo, alguien me tocó el brazo y me dijo: «Vamos, vamos, compañero». Salí hacia la puerta del cementerio. Divisé a muchas personalidades de la cultura. Habíamos quedado de juntarnos en la citroneta de Ester.

Al poco rato que salgo se cierran las puertas del cementerio y quedan miles de personas prisioneras. La trampa de la dictadura había funcionado. A algunos nunca más los volvimos a ver.

Silenciosos, con lágrimas, emprendimos la marcha a casa de Fanny. Pasamos a comprar algunos alimentos y ahí me quedé hasta que llegó la noche. No había querido llamar a mi casa.

Desde ese día soy un hombre con mucho más fervor por el ser humano, porque merece la vida y merece el cielo en la tierra. Aún mi corazón llora y se hace fuerte y sigo creyendo en la Esperanza, en la Belleza y en la Libertad. ♦



Neruda 1959: ventura y desventura de una carta

Neruda, el mismo de *Crepusculario* y *Estravagario*, tampoco se daba mal con un *Epistolario*. Un libro —y de los grandes— podría ser compilado sólo con la correspondencia que Neruda envió y recibió desde muy temprano en su vida. Un ejemplo notable nos lo da —desde luego— la Correspondencia Neruda-Eandi.

Existe en la Biblioteca de la Fundación Pablo Neruda un extenso y variado material epistolar que también tiene indudable importancia. Abundan aquí las cartas de admiradoras y admiradores de su poesía, las misivas de sus muchos amigos de todo el mundo, y también las cartas que firman grandes personalidades, altos dignatarios y figuras relevantes de la literatura y las artes.

Por desgracia, no siempre se han conservado los dos componentes de tales intercambios epistolares. Es el caso de las cartas cruzadas en junio de 1959 entre Pablo Neruda y Jorge Alessandri, de las cuales se conserva sólo la respuesta del entonces Presidente de Chile. En ese año de 1959 se debatía la forma de conmemorar y festejar los 150 años de la independencia política de nuestra patria. La expresión *Festejar el Sesquicentenario* se escuchaba en la radio y se leía cada día en la prensa como una invitación a realizar grandes sueños, grandes obras y grandes iniciativas.

En junio de 1959 Neruda estaba por cumplir 55 años y tenía una veintena de libros publicados, disfrutaba de un amplio prestigio internacional y su nombre ya estaba siendo incluido entre los candidatos al Premio Nobel de Literatura. En esa contingencia, el poeta creyó su deber cívico y patriótico dirigir una carta a la más alta autoridad del país, carta de la que poco o nada sabríamos si no fuera porque la respuesta del Presidente Alessandri sí se conservó, y además se publicó en *La Nación* (21.06.1959) y en *El Siglo* (22.06.1959), ambos diarios de Santiago.

Existe una entrevista que nos ayuda a conocer en parte el contenido de la carta de Neruda. La entrevista se publicó el 14 de julio de 1959 en la revista *Vistazo* y fue recogida por Roberto Silva Bijit en su compilación *Habla Neruda / memorias imposibles de corregir* (Santiago, Catalonia, 2004). Transcribimos:

¿Está satisfecho con la respuesta de Jorge Alessandri, cuando le llevé ideas sobre la celebración de nuestros 150 años de vida independiente?

—*Quedé muy conforme con la respuesta, pero insatisfecho con la comisión que se ha formado. Me parece que es una comisión para celebrar honras fúnebres.*

¿Y qué propone para la celebración de los 150 años?

—*Que se cree una comisión amplia, que tenga carácter popular.*

¿Cómo podríamos celebrar dignamente el 150 aniversario de la Independencia Nacional?

—*Bueno, me parece que habría que refaccionar la casa en que vivió el Guerrillero Manuel Rodríguez. Se podrían comprar también los terrenos anexos al Campamento La Victoria para hacer un Parque de Cultura para los sectores populares. Las ideas que le propuse al Presidente de la República en la carta que le entregué son para vitalizar los sentimientos populares. Pero nombraron una comisión tan aburrida como el programa que le prepararon a Vasconcelos. De todas maneras, esas proposiciones fueron bien acogidas por el Presidente de la República. Seguramente las desvirtuó más tarde la burocracia interior. Parece que esas ideas hay que dejarlas para el próximo centenario.*

Hasta aquí la propuesta nerudiana de aquel lejano 1959.

En nuestros días y estando como estamos *ad portas* del Bicentenario, ¿será muy tarde ya para invitar a los poetas, a la SECH, al Instituto de Chile y a las Academias, a la CUT y a los intelectuales a plantear sus propuestas? ♦

— *Edmundo Olivares*





Manuel Jofré, Colomba Jofré, Sara Reinoso, Juan Manuel Silva y Juan Santander en el acto realizado en La Chascona.

A 36 años de la muerte de Pablo Neruda

El 23 de septiembre pasado, con ocasión de los 36 años desde el fallecimiento de Pablo Neruda, se realizó en **La Chascona** un **recital y conversación poética**. Colomba Jofré leyó dos textos de Neruda “Oda al gato” de *Navegaciones y regresos* y “Desaparición o muerte de un gato” de *Anillos*; Juan Manuel Silva, “Tango del viudo” de *Residencia*; Sara Reinoso, “Vamos saliendo” de *Estravagario* y “Tierra austral” de *Memorial de Isla Negra*; Juan Santander leyó “Eternidad” de *Canto general*, y Marcela Saldaña “Canto a Stalingrado” de *Tercera residencia*.

La presentación estuvo a cargo del profesor Manuel Jofré, Coordinador de la Cátedra Neruda en la Universidad de Chile y director de la Fundación, quien también participó leyendo “Escrito en el año 2000”, de *Canción de gesta*.

«Estamos aquí no para saludar al Neruda del pasado sino que a la poesía de Neruda que no hemos leído aún, aquella que está en nuestro futuro. Él nos escribió a todos textos remitidos hace tiempo y que no hemos recibido todavía, y por tanto no hemos respondido aún a su palabra. Allí está, pues, como Neruda mismo dijo, él y su palabra, hoy día hechos uno, como ‘el río que durando se destruye’», expuso el profesor Jofré. ♦

Santiago Vivanco: exposición de Neruda en Cáceres

Poeta, coleccionista, bibliófilo, Santiago Vivanco dirige el Área administrativa y financiera de Bodegas Dinastía Vivanco en Briones, a pocos kilómetros de Logroño (La Rioja). Pero su mayor orgullo es haber creado y seguir desarrollando y dirigiendo hasta hoy su Museo de la Cultura del Vino, maravillosa e imperdible exposición que atrae a miles de visitantes a la sede de las Bodegas Dinastía Vivanco en Briones. Además, es fundador, gerente y propietario de *Passionartlife*, empresa dedicada a la consultoría y asesoría en adquisición y gestión de obras de arte.

Santiago Vivanco, *Santi* para sus amigos, con apenas 37 años ha logrado imponerse en el mundo de la cultura gracias a sus múltiples inquietudes y conocimientos. Durante años ha venido coleccionando libros, manuscritos, fotos y documentos de Pablo Neruda, uno de sus poetas preferidos. Bajo el título **Pablo Neruda: una Vida Escrita en Verso** esta colección ha sido expuesta con gran éxito en el Palacio de la Isla, Cáceres (Extremadura), durante el mes de noviembre 2009, al cuidado de Judith Arteaga y de Santi mismo, y con los auspicios de *Passionartlife*, de la Fundación Academia de Yuste y del Ayuntamiento de Cáceres. ♦

—Adriana Valenzuela P.



Biblioteca FPN

Publicaciones recibidas

OBRA DE NERUDA

- Neruda, Pablo, *Antología popular 1972*. Santiago, edición de la Comisión Bicentenario 2010, Presidencia de la República, abril 2009.
- *Pablo Neruda*. Prólogo de Jorge Edwards. Barcelona, Edición El País, 2009.
- *Se desata mi voz*. Antología poética. Selección, edición y prólogo de José Manuel Ruiz Martínez. Granada, Diputación de Granada, 2009.
- y Miguel Ángel Asturias, *Comiendo en Hungría*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2009.
- *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2008.
- *Residencia en la tierra*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2009.
- *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Prólogo de Jorge Edwards. Madrid, Alianza Editorial, 2009¹².
- *Saludo al Norte y Stalingrado. Iquique – 1945*. Edición facsimilar. Santiago, Sociedad de Bibliófilos Chilenos, 2009.
- *Cien sonetos de amor*. Barcelona, Editorial Seix Barral, 2009¹¹.

TRADUCCIONES

- Neruda, Pablo, *Discorso di Stoccolmo*. Alpignano (Torino), Tallone, 1999.
- *La rose séparée*. Gravures de Enrique Zañartu. Paris, Éditions du Dragon, 1972.
- *Selección de poemas de amor*. Edición bilingüe. Atenas, Editorial Patakis, 2008.
- *Últimos poemas. (O mar e os sinos)*. Traducción de Luiz de Miranda. Porto Alegre, L & PM Pocket, 2009⁶.
- *Livro das perguntas*. Sao Paulo, Cosac Naify, 2009. Reimpresión.
- *Né pour Naître*, Paris, Gallimard, 2009.

UNIVERSO NERUDIANO

- Bottiglieri, Nicola, *Las casas de Neruda*. Punta Arenas, Fantástico Sur Editorial, 2009.
- Castanedo Pfeiffer, Gunther, ed., *Pablo Neruda en Santander / Primer encuentro*. Cantabria, Obra Social Caja Cantabria, 2008.
- Castanedo Pfeiffer, Gunther, “Pablo Neruda y Olga Margarita Burgos: una relación desconocida”, en revista *El maquinista de la generación*, nº 17, Málaga, Centro Cultural Generación del 27, octubre 2009, pp. 84-93.
- Castillo Granada, Álvaro. *De cuando Pablo Neruda plagió a Miguel Ángel Macau*. Bogotá, Ediciones San Librario, 2008.
- Corbinos, Isidro, *Pasaje al Winnipeg*. Santiago, RIL Editores, 1997.
- Emar, Juan, *Cartas a Pèpèche*, edición de Alejandro Canseco-Jerez. Paris, Artextos-Éditions, 2007.
- Ferro González, Vladimir, *Neruda y Cuba*. La Habana, Editorial Arte y Literatura, 2008.
- Fischer, María Luisa, *Neruda: construcción y legados de una figura cultural*. Santiago, Editorial Universitaria, 2008.

- Huidobro, Vicente, *Epistolario: correspondencia con Gerardo Diego, Juan Larrea y Guillermo de Torre, 1918-1947*, edición de Gabriele Morelli. Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008.
- Loyola, Hernán. «Lorca y Neruda en Buenos Aires (1933-1934)» en Margherita Bernard, Ivana Rota & Marina Bianchi, eds., *Vivir es ver volver / Studi in onore di Gabriele Morelli* (Bérgamo, Italia, Sestante Edizioni, 2009), pp. 345-362.
- Maia, Luciano. *Neruda canto memorial*. Fortaleza, Imprenta Universitaria, 2004.
- Millares, Selena. *El fuego y la fragua*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2008.
- Montesinos Gilbert, Toni. “Poesía de la soledad en el viaje. *Residencia en la tierra*”, en *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, nº XIII, Verano MMV, pp. 53-73.
- Neira, Julio. *Manuel Altolaguirre, impresor y editor*. Málaga, Universidad de Málaga / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008.
- Nocera, Mauricio, *Neruda 100 anni*. Gallipoli, UMS, 2005.
- Oliva, Paola. *Te recuerdo Pablo Neruda*. Roma, Edizioni Associate, 2009.
- Oyarzún, Luis, *Epistolario familiar*, selección de Tomás Harris, Claudia Tapia y Pedro Pablo Zegers, prólogo de Alfonso Calderón. Santiago, DIBAM / LOM, 2000.
- Poirot de la Torre, Luis, *Retratar la ausencia. Neruda*. Santiago, Editorial Contrapunto, 2009.
- Prieto, Miguel. *La armonía y la furia: 1907-1956*. Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, 2007.
- Rafide, Matías, Naín Nómez y Marcela Albornoz, eds., *Poetas del Maule. Antología poética para el bicentenario*. Talca, Editorial Universidad de Talca, 2007.
- [Skármeta, Antonio], *Skármeta-Neruda. La magia in azione*, trad. it. Roberta Bovaia. Parma, Ugo Guanda Editore, 2006
- Varios. *Delia del Carril*. Exposición retrospectiva de su obra gráfica. Catálogo. Santiago, Centro de Extensión Pontificia Universidad Católica de Chile, octubre 1991.
- Winnipeg: “Chile y España: el Winnipeg”, dossier incluido en *Cuadernos Hispano-americanos*, nº 711, Madrid, AECE, septiembre 2009, pp. 7-122.
- Gonzalo Rojas: “Winnipeg y más Winnipeg”, pp. 7-10
- Raúl Zurita: “El poema imperecedero”, pp. 11-16
- Carlos Marzal: “Neruda, el poema de lo real”, pp. 17-34
- Teresa Rosenvinge: “El barco de los pintores”, pp. 35-39
- Benjamín Prado: “Pablo Neruda, el habitante de la casa inventada”, pp. 47-63
- Manel Risques y Ricard Vinyes: “El exilio circular”, pp. 65-68
- Jaime Ferrer: “La misión de amor de Pablo Neruda”, pp. 69-74
- María Campillo: “Chile en el corazón”, pp. 77-85
- Mercedes Serna Arnaiz: “Martí y Neruda unidos por la República española”, pp. 87-96
- José Ramón López García: “Las travesías del exilio en Arturo Serrano Plaja”, pp. 97-107
- Julio Gálvez Barraza: “¿Qué fue del Winnipeg?”, pp. 109-122. ♦

— Adriana Valenzuela P.

**pablo
neruda**

Pablo NERUDA, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2008.

A ochenta y cinco años de su primera y problemática edición, sorprende la vitalidad de las palabras depositadas en un breve volumen, *Veinte poemas de amor...*, pero aún más el hecho de comprobar que la sensibilidad que lo animó ha transitado por varias generaciones y sobrevivió a concepciones del mundo y a miradas sobre las cosas, a veces pendulares: una que negaba por completo a la anterior. Los espacios geográficos que constituyen el entorno del libro, cambiaron, pero no las palabras que los mentaban. El oleaje del mar no es el mismo, tampoco los bosques, ni siquiera los atardeceres, pero sí los versos que los expresaron. Las palabras que Neruda escribió, y las que calló, no cambiaron de sentido. Así, *Veinte poemas* aparece como una biografía sentimental escrita bajo la forma de un manifiesto de amor y desamor, desbordante de imágenes y sensaciones con las que su autor, tal vez sin proponérselo, contribuyó a cambiar la vida, el erotismo, el modo de amar y olvidar y la manera de exaltar y no de inhibir el cuerpo. Cuando se mete el cuerpo y se encarna en el Eros, no hay vuelta atrás. No puede ni debe haberla.

Dentro de la azarosa biografía del libro, tal vez el más bello libro de poemas jamás escrito, como pensaba Jorge Teillier, en el plano literario están las deudas que el joven Neruda tenía con los simbolistas franceses, a quienes había traducido y antologado para diversas publicaciones estudiantiles, y con los modernistas latinoamericanos. Fusionó ambas corrientes y logró una voz propia, gestada en embrionarios proyectos de libros, como *Los cuadernos de Neftalí Reyes*, más toda la prepa-



ración previa que el adolescente venía acumulando en su abundante papelería. Para ello debió esquivar al padre brusco, la soledad y el aislamiento; era, y lo sabía, el poeta más solitario del mundo y su ciudad de adopción fue Temuco, no la de nacimiento, puesto que vino al mundo en Parral. En Temuco estaban la casa familiar y el liceo, los dos polos de su vida. Hasta allí había llegado su padre tras fracasar en dos oficios, agricultor y obrero del dique de Talcahuano. Temuco, *the middle of nowhere*, a pesar de sus arrebatos de ciudad en expansión, perla de La Frontera, y de su arrogancia progresista. Un pueblo sin más, de calles oscuras, barriales lóbregos y poco más de diez mil habitantes, cada uno, eso sí, con su esperanza.

Por los meandros de sus versos y por los espacios vacíos que dejan las emocionadas palabras, se infiltran tanto los ámbitos de la aldea fronteriza que era el Temuco de esos años y el balneario de Puerto Saavedra —si bien el frío y el viento polar estropeaban los días veraniegos— como también los barrios capitalinos hasta donde el poeta adolescente se trasladó en el interminable tren nocturno para seguir estudios universitarios, pedagogía en francés, en el viejo Instituto Pedagógico

de Cumming con Alameda. El neoclásico edificio era la estación terminal de los estudiantes provincianos y periféricos que llegaban en tranvías, en góndolas. Las muchachas usaban boinas grises y los jóvenes, ternos, corbatas y sombreros. Un *look* conservador. Nadie tenía aún el corazón en calma. Todos se retiraban en las noches por las calles de adoquines, alumbradas por faroles de gas. Santiago tenía medio millón de habitantes y un fuerte cordón de arrabales. Allí estaba, al otro lado del río, en el barrio La Chimba, la invernal calle Maruri, por donde se precipitaban hacia el poniente los crepúsculos, los que el mismo poeta juvenil había atesorado en su primer libro, *Crepusculario*.

Se reunían, tras las clases de latín, de gramática, de estilística, los estudiantes anarquistas. Anhelaba y repudiaba el poder el gran demagogo, Arturo Alessandri Palma. El delirante tribuno prometió acabar con la pobreza, pero no podrá erradicarla en tanto parte de los materiales del autor de los *Veinte poemas*; esa pobreza tiene un traje: el anhelo del poeta por dejar un testimonio de su pasión. El joven, ceremonioso y enlutado, que se protege del frío invernal con la capa de ferroviario de su padre, está redactando la Constitución Poética de Chile, como hará por esos años el León de Tarapacá con la Constitución Política de 1925. Dos formas de moldear el alma de un país.

Huelgas estudiantiles, periódicos literarios, solidaridad con la clase obrera y la revolución rusa, atentados dinamiteros que, cuando se disipa el olor a pólvora, dejan el aroma de las enredaderas en flor.

En medio de los versos, aparecen las musas que los suscitaron, fantasmas conjurados por el poder de la poesía a vivir, al parecer eternamente, dentro de las páginas de un libro: Albertina Azócar, Teresa Vásquez, María Parodi, Laura Arrué. También los barrios sin luz, las pensiones mortecinas, las sopas de fideos, las camas vencidas, los atardeceres donde se sumergían los criminales del barrio chino de Mapocho, de la calle Bandera, los borrachos del *restaurant* Hércules, la bohemia santiaguina que devoró a Alberto Rojas Giménez y a tantos otros y las aguas

sucias del río que arrastraban muertos amarrados con alambres.

Están en los *Veinte poemas* y en el lamento final de la *Canción desesperada* las propuestas para nuevas formas de mirarse, no sólo los enamorados, de tocarse las manos, de besarse los párpados. En la ciudad hay olor a miseria, a asfalto mojado. En los tranvías que detienen su tráfico por las noches, quedan abandonados cuadernos, cartas. Huellas de los amores de estudiantes. Son flores de un día, lo dice por esos años un tango.

A propósito de las diversas conmemoraciones relativas a los aniversarios del libro, los cincuenta, en breve los cien y quizás mañana los ciento cincuenta años, Neruda escribió en la contratapa de una edición de lujo: «Sobreviven los versos que se quedaron escritos en el aire. Se hicieron azules, invisibles como campanadas, se llenaron de nubes, conversaciones, polvareda. Aquí están mis primeros versos de aire y amor: ni yo mismo los pude borrar: no soy dueño del viento.»

— Mario Valdovinos



pablo neruda

Pablo NERUDA, *Residencia en la tierra*. Santiago, Ediciones Universidad Diego Portales, 2009.

En 1927 Neruda inicia su viaje al Oriente, en busca del sol, con su amigo el misterioso Álvaro Hinojosa. Una travesía gigantesca hasta llegar a Rangoon, capital de la ex Birmania. Territorio colonizado por los ingleses, a quienes odia por colonialistas y opresores de una nación pacífica, no en tanto la patria de Shakespeare, ni la cultura que le otorgará, en 1965, el doctorado honoris causa de la Universidad de Oxford.

Como inexperto diplomático tendrá un salario meagero, no logrará salir durante lustros de su precariedad, pero nunca decae su vocación ni su tenacidad para escribir.

El libro se gesta de una manera gradual, como ocurre con todas las etapas de su poesía, y para lograr publicarse experimenta un difícil recorrido. En el plano del

origen, los estudiosos de la poesía nerudiana ven tanto atisbos como raíces del volumen inmediatamente después de sus dos primeras publicaciones, *Crepusculario* y *Veinte poemas*. Están en los libros que aparecen a continuación: *Tentativa del hombre infinito*, *El habitante y su esperanza*, su única novela, y *Anillos*, en coautoría con Tomás Lago, todos vieron la luz el mismo año, 1926. Si bien en *Residencia en la tierra*, su máximo hit, y para quien suscribe este comentario un libro decisivo en la historia de la lírica universal de todos los tiempos, además del esplendor del lenguaje en cualquier idioma, abandona el tono grandilocuente y tremendista de *Tentativa del hombre infinito*, pero no así el temple melancólico de *Anillos*, ni la atmósfera transgresora y amenazada de su novela *El habitante y su esperanza*.

El poeta neorromántico se ocupará en él de la descomposición de los elementos naturales, de días que nacen de las tinieblas, de las materias que palpitan al fondo de la vida, de las fuerzas y energías ontológicas, de la sombra de lo onírico, de los barcos desmantelados que surcan océanos, de los monzones lustrales que devastan y purifican, renovando incesantemente geografías, ciudades, seres; de amantes homicidas a las que teme, pero con las que establece alianzas, de su aislamiento y de la soledad sin fisuras. El propio autor lo entendía como un diccionario atormentado de sus indagaciones personales, quizás una exageración individualista, y habló extensamente de su génesis y composición en el insoslayable epistolario mantenido por años con el escritor argentino Héctor Eandi, contándole que escribía unos poemas con carácter ritual, al estilo de los viejos vates, y, al mismo tiempo, relatándole amargamente acerca de su manera de vivir y habitar esas tierras, llena de innobles conflictos, compartiendo la ceniza y las ruinas con la que llamaría, años después en la evaluación retrospectiva de esa etapa: “Una desventurada familia humana”. Birmanos, budistas, ahítos de divinidades inescrutables, arbitrarias, castigadoras; el opio no estaba sólo en los fumaderos, que el inverosímil cónsul visita, sino en los templos y en la atmósfera caliente y húmeda.



En *Residencia en la tierra* aparecen almirantes, muertes, espectros, materias nupciales, aguas erotizadas, los cantos a la celebración de la materia, madera, apio, vino; las elegías a los amigos desaparecidos, Alberto Rojas Giménez, Federico García Lorca; una fusión magistral de prosa, poesía, reflexiones, símbolos, mandalas y órbitas axiológicas que expanden los círculos establecidos por el libro. En sus páginas surgen, constituyendo un código, una crónica y un testamento anticipado, sonatas, doncellas, el refugio en el cuerpo como efímera tabla de salvación. La voz que registra es la de un contemplativo que absorbe el influjo de la revuelta del surrealismo, la fragmentación de la mirada sobre el mundo del cubismo, la sensibilidad de las vanguardias, asumida por el poeta chileno sin vasallaje, potenciando sus rupturas auténticas y esquivando los elementos que fácilmente pasarán a constituir un pasado, una tradición no artística sino artrítica, una retórica.

La reflexión crítica provocada por el libro, desde su aparición, no ha cesado y sigue siendo motivo de investigaciones y nexos con otras corrientes de la estética, del pensamiento, de la filosofía, de la búsqueda de la belleza. Allí está el erudito ensayo que escribió el filólogo español Amado Alonso, *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, donde examina la alienación y el ensimismamiento, la angustia y la desintegración, el ritmo y la sintaxis, a la vez que entrega claves para acceder a lo que él llama “una poesía hermética”.

Neruda escribió el libro prácticamente en los años adolescentes, o recién saliendo de ellos; en todo caso, era un hombre que frisaba recién los treinta años, y refleja en sus páginas una madurez incuestionable. Está en posesión de un estilo, de un registro auditivo y visual, *the Neruda sound*, de una estética y de una vehemencia en la que no naufragó, porque venían otras mareas, otras banderas que levantar, otros senderos por recorrer.

Lo prueban las dos ediciones que Universidad Diego Portales ha hecho, bajo la dirección de Matías Rivas, en 2008 y 2009. Ambos libros revelan verdades pro-

fundamente humanas, intransables, a la vez que ofrecen una manera de profundizar en los temores, en las incertidumbres y en las emociones.

La experiencia biográfica que sirvió de cimiento al volumen duró un lustro, de no pocos padecimientos, de ocios insufribles, de vagabundeos, de largas contemplaciones, de experimentos existenciales, de rupturas amorosas. Durante ese lapso ocurrió su primer matrimonio. Son los tiempos en que se alimenta de arena y de sardinas, en que se marchó a descubrir el mundo, en que arranca de la demoníaca nativa, Josie Bliss, en que se casa también; los días en que se autoconsidera un idiota puro y errante; los de sus primeras nupcias, del nacimiento de su única hija. Tanto el matrimonio como la desposada, Maryka, o Marietje, Antonia Hagenaar, y la niña, Malva Marina, son hasta hoy motivo de diatribas y celos a causa de su condición de mal padre y amante infiel,

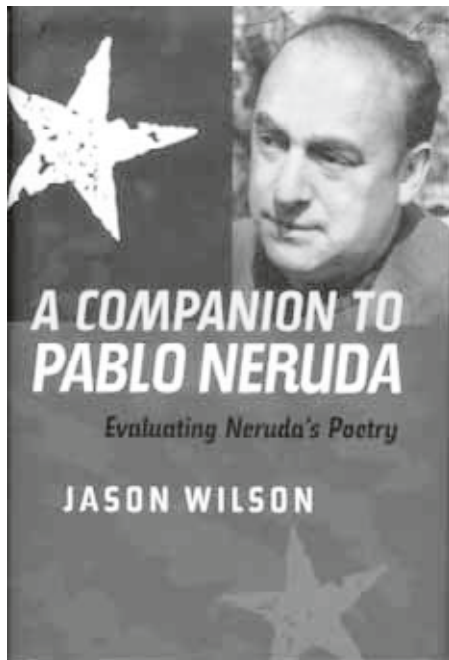
de gran poeta y progenitor lejano, de marido efímero y compañero evasivo. Son aspectos controversiales de la biografía de un hombre imperfecto, un escritor arrebatado y de una fuerza creadora sin par. ¿Lo disminuyen como artista? ¿Son aspectos prescindibles y tarea exclusiva de los rigurosos biógrafos? En cualquier caso, si bien forman parte del tinglado del libro, no constituyen su arquitectura expresiva que es verbal, repleta de palabras y de sentimientos.

No es difícil suscribir esto que escribió Julio Cortázar hace 30 años, en 1979:

«Cuando bebo, cuando amo, cuando miro algo que me parece bello o bueno, tengo siempre un gesto de complicidad para él; sus grandes ojos lentos me devuelven esa connivencia, algún verso salta desde el trampolín de la memoria para responderme, para acompañarme. Nada puede cambiar, nada ha cambiado allí donde todo fue dicho en su justo lugar y en su hora justa.» ♦

— Mario Valdovinos





**jason
wilson**

Jason WILSON. *A Companion to Pablo Neruda: Evaluating Neruda's Poetry*. London: Támesis, 2008.

*Piden algunos que este asunto humano
con nombres, apellidos y lamentos
no lo trate en las hojas de mis libros,
no le dé la escritura de mis versos:
dicen que aquí murió la poesía,
dicen algunos que no debo hacerlo:
la verdad es que siento no agradecerles,
los saludo y les saco mi sombrero
y los dejo viajando en el Parnaso
como ratas alegres en el queso.
Yo pertenezco a otra categoría
y sólo un hombre soy de carne y hueso,
por eso si apalean a mi hermano
con lo que tengo a mano lo defiendo*

—“No me lo pidan”, *Canción de gesta* (1960)

Este poema de Neruda, escrito cuando busca y halla la inspiración del compromiso político en la revolución cubana —ya no siguiendo la modalidad ‘moderna’ sino ‘posmoderna’ al decir de Hernán Loyola— termina así: «tengo un pacto de amor con la hermosura: / tengo un pacto de sangre con mi pueblo». Así es que ante

los críticos de la estilística o los llamados *new critics* —que dejaron de ser ‘nuevos críticos’ años y décadas atrás— que suelen exaltar la forma poética y considerar que el contenido tiene que ver con ese entretretejido formal, Neruda brinda la síntesis del brillo estilístico y del compromiso político. Como se diría en filosofía, rehúsa aceptar la división entre el *hecho* y el *valor*.

El nuevo libro de Jason Wilson, *A Companion to Pablo Neruda: Evaluating Neruda's Poetry* (Londres: Támesis, 2008), vuelve a la tradición de las lecturas atentas (*close readings*) —de corte formalista o posestructuralista— que se encuentran en la crítica nerudiana de Amado Alonso, René de Costa, Enrico Mario Santí, Manuel Durán y Margery Safir. Ahora bien, como indica el mismo Neruda, trabajar la forma tanto como analizarla es indispensable, es parte del deber del crítico, pero pasar por alto o tachar el contenido del que se nutre el poema y el poemario, es incurrir en el dualismo (sobreevaluar el estilo a expensas del fondo).

Y eso es precisamente lo que sucede en este estudio de Wilson. Podemos inferir por el título que se trata de un análisis de toda la obra de Neruda, pero la misma distribución del libro milita contra ese objetivo. La introducción abarca las páginas 1 a 26; la poesía nerudiana desde su juventud en Temuco hasta la publicación de las *Residencias* se presenta en ciento cua-



renta páginas, y la obra desde los años 40 en adelante se comprime en cincuenta y cuatro páginas. El resultado es previsible: el autor dedica hartó espacio al análisis de la poesía de Neruda de 1921 a 1935, y recorre las treinta y cuatro obras que se publican a partir de *Residencia en la tierra* con una velocidad insatisfactoria. Imposible, entonces, apreciar la riqueza de las etapas, los libros como eslabones en una cadena con la especificidad y atención que se merecen. Se pierden los detalles y fragmentos que forman una sola unidad contradictoria tanto en los poemarios como en las *Obras completas*.

¿Por qué no dedicar más páginas a la obra posterior a las *Residencias*? En la introducción Wilson aclara que la poesía a partir de los años 40 es defectuosa por la presencia de las convicciones políticas del vate (2). De los años 40 en adelante, dice Wilson, el lector no puede confiar en el punto de vista de Neruda porque éste acató las normas estalinistas del partido, «evitando así las indagaciones y una curiosidad más profunda» (5); «Gran parte de lo que escribió [Neruda] de la guerra civil española en adelante,» argumenta Wilson, «cuando su poesía venía ‘cargada’, se politiza, [es] una polémica de la Guerra Fría y estalinista» (6). Antes de 1936, en cambio, Neruda era “uno de los grandes escritores vanguardistas en lengua castellana” (7).

Al estudio de Wilson interesa sobre todo ese primer Neruda, ese «proto-filósofo o al menos un pensador» que aborda «angustias existencialistas, explora el sonido como pulso de la vida y crea un lugar ameno en sus palabras parecido al de Heidegger, y lamenta de forma insistente e insidiosa la pérdida de su Beatrice» (10-11); ese pensador *instintivo e impulsivo* que explora el mundo de los sueños en su obra y busca imágenes insólitas para expresarse, valiéndose de su gran talento creador (11). Así discriminando, Wilson puede dedicarse a la tarea de analizar al poeta “auténtico” que se manifiesta en los versos nerudianos “sólo” hasta los años 40.

Pero aun en esta parte del libro, que, como decíamos, es donde vemos más los esfuerzos del crítico por entender la obra

nerudiana, hay lagunas inexplicables. Al clásico “Poema 20” Wilson dedica sólo dos páginas (66-68). Por consiguiente, el lector pierde todas las sutilezas tan ricas —aun desde una perspectiva formal— que pueblan esos versos. Hay, sí, comentarios buenos y ligeros sobre los poemas que le podrían servir a un estudiante de pre- o postgrado que quiera enterarse de algunos temas de amor que se destacan en *Veinte poemas*, pero no hay el tipo de análisis profundo que se esperaba incluso del método formalista (como lo logrado por Amado Alonso).

Esa flaqueza teórica se ve incluso en el capítulo 3, dedicado a las *Residencias*. Wilson sostiene que en esta etapa de su producción poética Neruda llega a ser un surrealista consumado (96). Se sabe que Neruda mantuvo una relación problemática con el vanguardismo: nunca se afilió a ningún movimiento y nunca escribió manifiestos que lo definieran a las claras como vanguardista. Según Wilson, sin embargo, «se podría argumentar que Neruda es el mejor de los surrealistas» justo porque no tiene lazos estrechos con el surrealismo.

Si bien es cierto que Wilson se refiere de forma pasajera a los datos biográficos —su pobreza, la angustia que le produce su trabajo diplomático, su distancia respecto a las culturas oriundas, su antipatía por los colonizadores ingleses y su relación con Josie Bliss—, esos factores no inciden en su lectura de los poemas en *Residencia en la tierra*. Wilson dice, por ejemplo, que Neruda «aborrecía a los ingleses», pero no explica por qué asumió esa postura.

De hecho, la elusión de los factores sociales, económicos, políticos y culturales determina una lectura aventurada, por ejemplo, de “Walking around”, donde Wilson identifica un hablante que tiene «confianza, es agresivo y surrealista, cuando se enfrenta con la vida urbana [en Buenos Aires] y el trabajo» (145). Según Wilson, el hablante se siente *libre*, se ve como una *amenaza*, y busca provocar a las autoridades (146); *melancólico* y *romántico*, siente inquietudes que se encauzan en su rebeldía surrealista (148-9). Sería difícil encontrar la «confianza», la satisfacción



y la «libertad» que Wilson cree ver en “Walking around”. Si el poema tiene que ver con algo es con la profunda *alienación* que siente de su ambiente (Buenos Aires), la gente a su alrededor, y de sí mismo (“Sucede que me canso de mis pies y mis uñas y mi pelo y mi sombra. / Sucede que me canso de ser hombre”). Lo que se propone como solución estética —la idea vanguardista de la libertad ilimitada del artista— se enfrenta con una realidad aplastante: el poeta atrapado en la capital argentina por su trabajo de oficinista, la total desilusión respecto a su matrimonio, la crisis económica del sistema mundial, la industrialización desatada, entre otras cosas. Los factores *extratextuales* intervienen y le otorgan sentido al poema en que el hablante “marchito, impenetrable” está desgastándose y “muriendo[se] de pena”.

En su capítulo sobre los años 40 Wilson confiesa: “Si, como lector latinoamericano, se comparte su postura comunista de la Guerra Fría, se admira y se disfruta de su poesía” (169). Si no, como es el caso de Wilson, analizar la obra de Neruda a partir de esas fechas se torna más complejo, imposibilitando prácticamente el estudio del pensamiento político del poeta. En esta parte del libro se da una inversión:

desaparecen casi por completo los análisis detenidos de los textos —de la *forma* de sus versos— y ocupan su lugar las ideas contradictorias del crítico: «Los dictámenes del Partido Comunista —sentencia Wilson— resolvían los problemas individuales, trabajando así como censor interno... Neruda sofoca el diálogo poético entre él y sus lectores» (173); «el partido ha reemplazado al individuo» (175), pero a la vez sostiene que en el *Canto general* el antiguo ‘yo’ de Neruda regresa en esa versión de América Latina durante la Guerra Fría, «porque es su experiencia personal la que hace de la historia algo vivo» y porque «se esfuerza por hacer de su historia personal algo arquetípico y representativo” (177). Estas contradicciones inherentes al libro de Wilson nunca se resuelven, y se vuelven, a veces, esquemáticas.

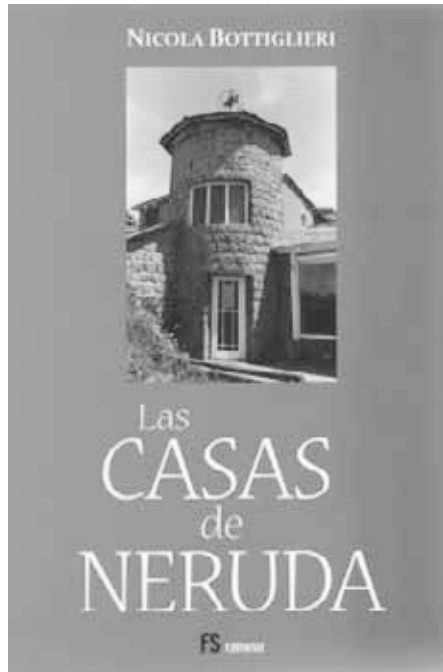
En sus apuntes sobre los años 50 y *Los versos del capitán*, por ejemplo, afirma que este libro es «una traición a sus anteriores poemas de amor». ¿Por qué? Seguramente porque Neruda incluye poemas de índole política unidos a poemas de amor, por lo cual el amor del poeta es «menos sexual» que en otras obras anteriores (195). ¿Y “En ti la tierra”, “El tigre”, “El insecto”, y “El alfarero”? ¿No son estos poemas eróticos por excelencia? ¿Y por qué está vedado incluir poemas de amor con poemas políticos? ¿No tendría el crítico que tratar de entender la obra de Neruda sea cual sea la ideología?

El resto del capítulo 6 —sobre los años 50— aborda *Las uvas* y *el viento* en una página y media, las *Odas* en tres páginas y media, *Estravagario* en tres páginas, y *Cien sonetos de amor* en una página y media. Aun un estudio formalista requeriría muchas páginas más. ¿Por qué este afán de cubrir la obra así? ¿Se trata de una manera algo torpe de comprobar que la mejor de Neruda la escribió en los años 20 y 30? ¿O se trata de la imposibilidad de Wilson de encarar los temas políticos abordados en esta época?

El último capítulo, sobre los años 60 y 70, enfoca en particular *Memorial de Isla Negra* y *La rosa separada* y, sin entrar en detalles, sigue con el mismo método: por un lado hace una denuncia de Stalin como

persona (213 a 215) y, por otro, culpa a Neruda por seguir la política del Partido Comunista. No existe el XX Congreso del PCUS ni su impacto sobre *Estravagario* en adelante. No intenta ningún análisis de las obras, ni siquiera desde un punto de vista formal. Ni una palabra sobre la crítica a los excesos de la época staliniana en “El episodio” de *Memorial*. Ni hablar de cómo Neruda intenta una rearticulación de su individualidad y de su cosmovisión comunista a partir de 1956. La triste verdad es que la «política dogmática» no emana tanto del sujeto investigado, sino del método del crítico, situado en una tradición anticomunista que ha tenido mucho peso en el mundo anglosajón. ♦

— Greg Dawes



nicola bottiglieri

Nicola BOTTIGLIERI, *Las casas de Neruda*. Trad. Patricio Álvarez Rabié. Punta Arenas, Fantástico Sur Editorial, 2009.

Nicola BOTTIGLIERI, *Le case di Neruda*. Milano, Ugo Mursia Editore, 2004.



El mayor interés de este libro consiste en ser el testimonio de un viajero italiano, profesor en la Universidad de Cassino, narrando su recorrido por las casas en que vivió Neruda y las conexas peripecias con personajes, lugares y conversaciones. La extraña ausencia de fotografías, mapas e ilustraciones (tanto en la edición original como en la traducción), aparece en efecto compensada por la vivacidad del relato y por los ángulos novedosos que nos descubre la perspectiva de un extranjero más o menos informado pero atento a los detalles. Y también por las experiencias y evocaciones personales intercaladas, ajenas sólo en apariencia al tema de las casas del poeta.

Así, la visita a La Chascona alcanza un desarrollo entretejido por cabellos: el pelo blanco de Carlo Cociña, amigo ítalo-chileno

del autor que conoce un poco la historia de la casa; luego los cabellos de Matilde en el retrato bifronte que le hizo Diego Rivera; y por la tarde los cabellos del Cristo Chilote en el convento de San Francisco. De modo similar muestra Isla Negra a través de una larga conversación con el arquitecto Antonio Mendizábal y más adelante con Rafita, el carpintero que ayudó a Neruda a ampliar y remodelar la casa.

En suma, se trata de un extenso, detallado y ameno reportaje a los espacios de la residencia de Neruda en Chile, combinando descripciones y conversaciones con ágil andadura. El libro por ello se deja leer con agrado. Y con provecho, por lo que se refiere a los aspectos que advierte el visitante extranjero (con mucha experiencia en viajes por el mundo) y que suelen escapar al observador local.

Pero en cambio hay que leer con cautela a nuestro viajero-profesor-periodista en el plano de la información, equivocada a veces en los datos (en página 184, hace nacer a Neruda el 4 en vez del 12 de julio de 1904, y en páginas 187-188 llama Ricardo, en vez de Rodolfo, al hermano mayor del poeta) y otras veces en sus observaciones o juicios. Por ejemplo en páginas 31 y 40 muestra desinformación al repetir con desenvoltura una acusación frecuente e infundada: «Digo: ‘Neruda era un egoísta, un egocéntrico, un niño mimado de cien kilos [*esto en parte es verdad*]. Abandonó a Delia cuando ya no le servía más’ [*esto es falso*]».

Sólo algunas reservas de poca monta, entonces, hacia la edición original italiana de un interesante y vivaz reportaje. Desgraciadamente, la versión chilena del libro adolece de muchos descuidos editoriales (por ejemplo, erratas del tipo «quizo» por *quiso* en página 143, «Cosiña» en vez de *Cociña* en página 51, «Menidizábal» por *Mendizábal* en página 133, «mascarón» sin tilde varias veces, 152-154), pero sobre todo adolece de una muy deficiente traducción. Pase que por distracción el original *bambino* resulte «niña» (p. 30), pero no que *due camini* devengan «dos caminos» (p. 162) en lugar de las *dos chimeneas* que pide el «fuego» precedente, ni que ese «me exhorta»

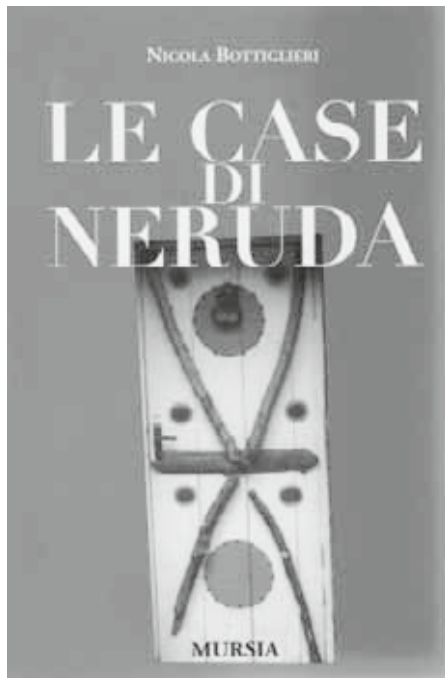
(p.90) haga incomprendible el original *mi sgrida* (me regaña, me reprende).

Es verdad que la expresión italiana *che casino!* corresponde literalmente a «¡Qué casa de putas!» (p. 188), pero en el habla coloquial no se la suele usar con esa acepción literal, y además en el contexto de ese particular pasaje del libro la fórmula «¡Qué casa de putas!» no sólo queda pésimo sino que traiciona la intención del autor, sin duda menos fuerte, sólo familiar, equivalente a algo así como cuando los argentinos dicen «esto es un *quilombo*» sin pensar necesariamente en un burdel. Reconozco que la solución no era fácil, pero sí era necesaria por el contexto en que se sitúa la expresión.

Y sin embargo nuestro traductor va más allá, hasta alcanzar un momento verdaderamente sublime. En la edición original (p. 177) Bottiglieri traduce al italiano, para lectores italianos, la célebre octava real que Ercilla insertó en el canto XXXVI de *La Araucana*: «Aquí llegó, donde otro no ha llegado, / don Alonso de Ercilla, que el primero, / en un pequeño barco deslastrado, / con sólo diez pasó el desaguadero...», etcétera. Pues bien, a nuestro traductor no se le ocurrió nada mejor que *retraducir* al castellano (p. 168), y mal, la traducción italiana de Bottiglieri, en lugar de darse el obvio trabajo de buscar y copiar el texto original de Ercilla. Imperdonable.

Para no cerrar esta nota con tan lamentable reparo, reitero que el libro de Bottiglieri es un reportaje de veras novedoso dentro de la bibliografía nerudológica, y su lectura resulta además útil y amena, salpicada de observaciones y episodios de mucho interés. Valga como ejemplo la conversación en que Bottiglieri pregunta al carpintero Rafita algo generalmente inadvertido: por qué la casa de Isla Negra no tiene sótanos. Explica Rafita: «Nada que esconder. Todo a la luz del sol, no había necesidad de sótanos, porque todos los objetos tenían la misma dignidad.» (p. 162).

Bottiglieri observa entonces que las casas de Neruda están originalmente marcadas por signos diversos: el *agua* de una cascada marcó a La Chascona; el viento, el *aire*, a La Sebastiana; el *fuego* de las dos chimeneas a Isla Negra. ¿Y la casa de tie-



rra? «Ésa está en Temuco», responde Rafita, aludiendo a la antigua casa del padre junto a la estación, que ya no existe, y agregando: «No hay casa en Temuco, sólo recuerdos de infancia. Sus raíces, los bosques, la tierra.» Entonces Bottiglieri concluye así el episodio:

«Cuando me despedí de Rafita le agradecí haberme hecho comprender que Neruda no tenía sótanos en sus casas, pero sí en la vida. La infancia de un hombre se puede comparar al sótano de su casa, así Temuco era el verdadero sótano del poeta.»

No está mal como cierre del episodio, que además transita con garbo cronístico hacia otro episodio en el que la figura de Rafita atrae a la memoria del viajero la figura del pescador Gregorio, el anciano amigo de Hemingway en Cuba que le inspiró el personaje de *El viejo y el mar*, y que Bottiglieri había conocido personalmente en 1988. Notable conjunción de dos humildes amigos y colaboradores de dos importantes escritores, a su vez acomunados por el Premio Nobel de Literatura. ♦

—Hernán Loyola



Décimas para recibir a Pablo Neruda (1943)

ABRAHAM JESÚS BRITO

Poeta Popular

En noviembre de 1943 regresó Neruda a Chile después de tres años en México como cónsul general en la ciudad capital, donde había sido despedido con multitudinarias manifestaciones de afecto. Al cabo de un largo viaje de retorno que partió a fines de agosto (con escalas más o menos prolongadas en Panamá, Colombia y Perú), el poeta reapareció en Santiago a comienzos de noviembre. El día 7 de ese mes, recién llegado, Neruda participó en la celebración de los 26 años de la Revolución Soviética, y allí fue recibido con el “Saludo a mi colega Pablo Neruda” del poeta popular Abraham Jesús Brito.

Un mes más tarde, el 8 de diciembre, el Comité de Recepción y la Alianza de Intelectuales de Chile realizaron un imponente acto de homenaje a Neruda en el Teatro Municipal de Santiago, que se abrió con palabras del escritor Alberto Romero, presidente de la Alianza, y siguió con discursos del musicólogo Vicente Salas Viú, del dirigente comunista Salvador Ocampo a nombre de la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), y del Prof. Dr. Alejandro Lipschütz. A estos discursos se sumaron las décimas de Abraham Jesús Brito que —como el “Saludo” de noviembre— aquí reproducimos desde el libro *Brito / Poeta Popular Nortino*, de Diego Muñoz (1947). —H.L.

SALUDO A MI COLEGA PABLO NERUDA

<i>¡Salud, don Pablo Neruda!</i>	<i>Amigos y camaradas</i>
<i>Bienvenido habéis llegado</i>	<i>Os recibirán en breve</i>
<i>De ese México afamado</i>	<i>Con júbilo de relieve</i>
<i>Que la excelsitud lo escuda,</i>	<i>Por vuestra feliz llegada.</i>
<i>Nobleza y bondad, sin duda,</i>	<i>Ha sido larga la estada</i>
<i>Al pueblo hermano lo adornan:</i>	<i>En México, pueblo hermoso.</i>
<i>Vuestro gran talento torna</i>	<i>Nos hace a todos dichosos</i>
<i>A darle nombre y honor</i>	<i>Vuestra gallarda presencia</i>
<i>A Chile con pundonor</i>	<i>Que es pura magnificencia</i>
<i>Y maravillosa forma.</i>	<i>En nuestro Local honroso.</i>

DÉCIMAS EN EL TEATRO MUNICIPAL

<i>Diciembre, miércoles ocho,</i>	<i>Escritores, con esmero,</i>	<i>El sin par hombre de ciencia,</i>	<i>Al fin el Subsecretario,</i>
<i>A las diez de la mañana,</i>	<i>De fama e intelectuales</i>	<i>El gran profesor Lipschütz</i>	<i>Señor Salvador Ocampo,</i>
<i>Con esta fiesta lozana</i>	<i>Tributaron como tales</i>	<i>Que es cual un faro de luz,</i>	<i>De la CTCH por cuanto</i>
<i>Se le rindió un homenaje</i>	<i>Homenaje verdadero.</i>	<i>Les encantó su experiencia:</i>	<i>Saluda al poeta nombrado:</i>
<i>A Neruda sin ambages</i>	<i>Lo apreció el señor Romero,</i>	<i>Total que de preferencia</i>	<i>Lo estiman trabajadores</i>
<i>Poeta de América neto</i>	<i>Don Alberto, Presidente,</i>	<i>Hizo una entrega solemne:</i>	<i>Con alma y cien mil amores,</i>
<i>Muy ilustre y muy concreto,</i>	<i>Escritor muy eminente,</i>	<i>Insignia de oro perenne</i>	<i>Lo saluda hasta catete:</i>
<i>En sus temas muy versado,</i>	<i>De la Alianza muy nombrado,</i>	<i>De la entidad de la Alianza</i>	<i>Después se le dio un banquete</i>
<i>Es más que poeta laureado,</i>	<i>Por consiguiente afamado,</i>	<i>Y a Neruda sin tardanza</i>	<i>Como poeta coronado.</i>
<i>Es perfecto y muy discreto.</i>	<i>De talento prominente.</i>	<i>Se la dio con parabienes.</i>	

DISCURSO DE INCORPORACIÓN

a la Academia Chilena de la Lengua
como miembro correspondiente en Cerdeña (Italia)*
el 30 de noviembre de 2009

Hernán Loyola

Santiago de Chile
2009

Al agradecer a los académicos Alfredo Matus, Gilberto Sánchez, José Luis Samaniego y Juan Antonio Massone, miembros de la mesa directiva, y con ellos a todos los académicos que la aprobaron, al agradecer, digo, esta honrosa incorporación mía a la Academia Chilena de la Lengua, se me plantea el problema de cómo ocupar los perentorios 30 minutos que han sido asignados a mi intervención. Barajando posibilidades, creo que lo más pertinente es que les cuente cómo llegué hasta acá, y agradecer a quienes lo hicieron posible ayudándome en situaciones más o menos problemáticas.

Comenzaré hablando de un día que dividió mi vida en dos, un *antes* y un *después*. Me refiero al sábado 6 de octubre de 1973. Aquel día me levanté mucho más temprano que de costumbre, hacia las 4 de la madrugada, o de la noche (como prefería decir Neruda), porque poco después de las 6, límite del toque de queda, un amigo pasaría a buscarme en su automóvil para llevarme hasta la sede de la embajada de Italia en Santiago, donde, a decir verdad, nadie me había invitado. Pero a las 6 y media estaba yo allí, intentando superar uno de los muros de la embajada, no recuerdo si por el lado de la calle Miguel Claro o de Elena Blanco, hasta que lo conseguí y caí de bruces en territorio italiano, donde todavía estoy.

Por entonces no había soldados en torno al recinto de la embajada, porque uno de los errores de los militares golpistas fue dar por descontado que las sedes diplomáticas de los países europeos, que no tenían ni tienen convenio de asilo político con Chile, rechazarían a quienes lo solicitaran. En cambio, lo rechazado en Europa fue el golpe militar mismo, y en modo tal que cuando dos días después, el lunes 8 de octubre a las 18 horas unos 50 soldados, bien armados y equipados, incluyendo los rostros embadurnados con betún negro, realizaban el audaz ‘operativo’ de allanar mi casa en avenida Príncipe de Gales frente al Grange School, yo me encontraba ya bajo la protección del gobierno de Italia.

Ese mismo lunes, y a la misma hora, otras dos patrullas menores me buscaban afanosamente, aunque, me temo, no muy amigablemente, en casas de mi familia en Talagante y en Viña del Mar. Que escapé jabonado podría ser una metáfora muy adecuada en este caso, por lo cual dejo aquí constancia de infinita gratitud a mi esposa de entonces, la profesora Elena Ballerino, y a quienes con ella porfiaron hasta convencerme de que mi vida, o al menos mi dignidad de ser humano, corría serio peligro. Aquí corresponde nombrar a Carlos Santander, profesor como yo en la Universidad de Chile (y que murió exiliado en Costa Rica), y en particular a Hernán Castellano Girón, uno de mis poetas preferidos, que ya estaba dentro de la embajada italiana y que desde allí providencialmente me llamó por teléfono.

El 17 de noviembre de 1973 formé parte del primer grupo de refugiados que pudimos salir de la embajada y que, atravesando la capital en un bus flanqueado por motocicletas y otros vehículos militares, pudimos también salir del país en un avión de Alitalia que nos condujo hasta el aeropuerto «Leonardo da Vinci» de Roma-Fiumicino, donde desembarcamos el 18 de noviembre y donde nos ocurrió algo absolutamente inesperado y de veras extraordinario.

Éramos unas 12 personas de varia condición y edad, entre ellas el mencionado poeta Castellano Girón, el dirigente obrero Pedro Aravena, el estudiante de medicina Fernando Martínez, los hermanos Alfredo y Jaime Nazar, un mirista de Rancagua llamado Juan Fica y el hijo menor de mi amigo Pancho Coloane, de nombre Juan Francisco, que creo anda todavía por Bangladesh. Subieron al avión algunos funcionarios de civil y varios policías uniformados, y entonces yo recordé con temor que el escritor Cristián Huneeus, poco antes del 6 de octubre, me había instado a no abandonar Chile porque al llegar a Italia me habrían trasladado a no sé cuáles terribles, tenebrosos e inhóspitos cam-

pamentos para refugiados en la zona de Nápoles. En cambio, ante nuestro creciente estupor, fuimos conducidos a un salón VIP del aeropuerto donde nos esperaba, además de la prensa, una delegación de parlamentarios italianos, diputados y senadores de todos los partidos políticos (con excepción, naturalmente, del MSI de inspiración fascista), que nos acogieron con un espléndido cóctel en el mejor estilo italiano.

Traten ustedes de imaginar el aspecto bien poco presentable de esta docena de prófugos desembarcando allí después de un mes en la embajada italiana de Santiago, donde éramos unos 25 refugiados cuando salté el muro y más de 200 cuando salí por la puerta grande para subir al bus. Yo traía en mi maleta un poco de ropa y mis tesoros nerudianos, entre ellos la postal de 1915 con el primerísimo poema de Neftalí a punto de cumplir 11 años, y además un ejemplar muy bien encuadrado de la primera edición de *Cien años de soledad*. Y ahí estábamos, como inmigrantes de un libro *Corazón (Cuore)* pero al revés, llegando desde los Andes a los Apeninos, y acogidos como reyes magos.

Y traten de imaginar también nuestra maravilla y desconcierto ante tal recepción. Porque al fin de cuentas no éramos más que un puñado cualquiera de fugitivos, una cualquiera y anónima patrulla desgajada de un ejército en derrota. Ninguno de nosotros era un personaje notable en Chile. ¿Por qué habíamos sido recibidos casi como héroes? De allí nos llevaron a un hotel sobre la via Aurelia, a media hora del centro de Roma, donde tendríamos alojamiento y comida (e incluso ropa nueva y buena, y además dinero para el bolsillo) hasta que encontráramos trabajo. Todo ello costado por el gobierno italiano, es decir, por los contribuyentes de ese país. ¿Por qué tan magnífica solidaridad? Poco después empezaron a llegar a Roma refugiados políticos huyendo de las feroces dictaduras de los años '70 en Argentina, Brasil y Uruguay. Ellos no fueron recibidos ni tratados tan bien como lo fuimos nosotros los chilenos. ¿Por qué la diferencia?

Pronto comprendí que la diferencia tenía un nombre, el nombre del presidente Salvador Allende, ese hombre que había jurado que no abandonaría La Moneda sino muerto, y muerto salió de La Moneda. Tan coherente sacrificio de la propia vida causó un impacto enorme (estrictamente silenciado en Chile por la Junta) en toda Europa occidental pero particularmente en Italia. Ni los argentinos, ni los brasileños, ni los uruguayos tuvieron un Salvador Allende, y eso marcó la dife-

rencia que a mí, en lo personal, me permitió comenzar rápidamente a rehacer en Italia mi carrera académica hasta el nivel más alto. Porque la Universidad de Sássari, en la isla de Cerdeña, si bien cumpliendo con las formalidades de un concurso, de hecho me ofreció un puesto como profesor de lengua y de literaturas hispánicas por ser un académico prófugo de la dictadura chilena. Sin la heroica muerte del presidente Allende dentro del palacio de gobierno sometido a bombardeo, habría sido muy difícil, por no decir imposible, que profesores ultracatólicos (nada izquierdizantes) y profesores marxistas de la Facultad de Derecho de la Universidad de Sássari hubieran depuesto las agudas diferencias y las terribles disputas que había entre ellos, y que en cambio se unieran, como ocurrió, para favorecer el reclutamiento de un académico chileno, prófugo de la dictadura, como profesor de lengua española para los estudiantes de Ciencias Políticas. Y sin esa extraña e inverosímil colusión entre católicos y comunistas, explicable sólo en clave de admiración por el defensor de La Moneda, yo no habría podido acceder a ese encargo universitario por cierto muy ambicionado.

Así comenzó mi carrera académica en Italia, y con ella una segunda oportunidad para desarrollar y profundizar mi especialización en la vida y obra de Pablo Neruda. Además de mis propias publicaciones, en Sássari pude organizar y realizar en 1984 un memorable Congreso Intercontinental en homenaje a los 80 años de Pablo Neruda, al que concurrieron, algunos atravesando océanos hasta llegar a mi isla de Cerdeña, los mejores especialistas mundiales a comenzar por Alain Sicard desde Francia, Jaime Concha y René de Costa desde Estados Unidos, Robert Pring-Mill desde Oxford, Carlos Santander desde Costa de Marfil en África, Volodia Teitelboim desde Moscú, Dario Puccini y Antonio Melis desde el continente, como llaman los sardos a la península italiana. Las actas del Congreso fueron publicadas en 1987 bajo el título *Neruda en Sássari*. Ese mismo año 1987 publiqué en Madrid (Ediciones Cátedra) un trabajo del que voy muy orgulloso, me refiero a mi edición crítica de la hermética *Residencia en la tierra*, que creo va ya por la décima reimpresión.

Diez años más tarde, en 1997, mientras intentaba editar con fondos universitarios el volumen 2 de mi primera revista *nerudiana*, de la cual había publicado en 1996 el volumen 1, de 400 páginas, se cumplió el sueño máximo de mi vida hasta entonces, cuando la editora Galaxia Gutenberg de Barcelona me propuso dirigir

y coordinar la edición de las *Obras Completas* de Pablo Neruda en 4 volúmenes que al final fueron 5. Esos cinco volúmenes los fui produciendo desde Sássari y se fueron publicando entre 1999 y 2002, este último el año en que cumplí 50 años de nerudólogo, con lo cual me gané una honrosa medalla de oro de la Fundación Pablo Neruda.

Tanta gratitud, entonces, a Italia, a mi isla de Cerdeña (representada aquí, en esta sala, por la periodista sarda Gabriella Saba) y sobre todo a la Universidad de Sássari porque allí mi dedicación central a la vida y obra de Neruda se vio favorecida. Concentrar la propia atención sobre un autor era normal en las universidades europeas, particularmente en Francia y Alemania, pero también en Italia. Me complace recordar aquí que logré abrirlas algún camino a notables discípulos que hoy enseñan literatura hispanoamericana o lengua española en universidades italianas, y menciono en particular a Laura Luche y a Simona Cocco en la Universidad de Sássari, y a Domènico Antonio Cusato, catedrático en la Universidad de Catania. Entre 1997 y 2002 viajé muy a menudo desde Sássari a Barcelona para controlar la edición de las *Obras Completas* de Neruda junto al magnífico editor ejecutivo con quien tuve el honor de trabajar, el colombiano Nicanor Vélez. Desde 1996 o 1997, hasta 2002, cada vez que fui a Barcelona me di tiempo para tomar el tren hasta Blanes, sobre la Costa Brava, y dedicar un día o dos a platicar con Roberto Bolaño, a quien telefoneé desde Sássari en 1996, sin conocerlo de persona pero deslumbrado tras haber leído su libro *La literatura nazi en América*, y así lo fui a visitar a Blanes cuando en Chile sólo dos o tres avizores sabían de él, y naturalmente cada vez que volví discutíamos sobre Neruda, que no era santo de su devoción. Le tomé fotos caminando por una calle de ese pueblo catalán y Carolina nos tomó algunas a Roberto y a mí con el pequeño Lautaro, fotos que conservo como pequeños tesoros aún inéditos.

Por este privilegio adicional de haber frecuentado a Roberto Bolaño, y por todo lo que he podido conocer, hacer y vivir en Europa, incluyendo por cierto a mi hijo David de 43 años, que vive en Budapest pero trabaja como intérprete en la cabina húngara del parlamento europeo en Bruselas, y a mi hijo Matías, mestizo de chileno y sarda que hoy tiene 24 años y estudia psicología en la Universidad de Pádova (Padua): por todo esto y por mucho más que no cabe aquí, mi más grande y principal agradecimiento, y mi homenaje en esta oca-

sión, van a la memoria del presidente Salvador Allende, a quien debo la segunda parte de mi vida, y a quien conocí personalmente en 1952, el año de mi bautismo como ciudadano elector.

El año anterior, o sea 1951, a mis 21 años de edad, yo había recibido por primera vez el carné del Partido Comunista de Chile y al mismo tiempo, pero por convergencia sólo casual, había comenzado mi tesis universitaria sobre el *Canto general* recién publicado. En mi adhesión al marxismo y a la causa comunista agradezco la gran influencia inicial de dos compañeros de curso en el Pedagógico: Yerko Moretic, después crítico literario de gran prestigio, fallecido antes del golpe, y Carlos Orellana, cuya trayectoria en las editoriales Universitaria y Planeta, y también en la dirección ejecutiva de la mítica revista *Araucaria*, es por lo demás muy conocida y apreciada. Yerko y Carlos lograron convencerme de que los comunistas no se comían a los niños (así me habían enseñado en el colegio de frailes) y que incluso había entre ellos algunos vegetarianos.

Otros dos compañeros del mismo curso, por su lado, me confirmaron en el estudio de la literatura. Hasta hace muy poco, ambos eran miembros de número de esta Academia Chilena de la Lengua, pero uno de ellos acaba de fallecer: Alfonso Calderón, en cuyas manos de estudiante vi con admiración, y con envidia, aparecer de pronto un libro suyo, su poemario *Primer consejo a los arcángeles del viento*, y sólo entonces supe que me era posible conocer a un escritor en vivo y en directa, en carne y huesos, porque antes los escritores eran para mí seres míticos de otro mundo, que se materializaban sólo a través de sus libros. En aquellos años, no sé si después lo superó, Alfonso era hipocondríaco y temeroso de las infecciones, si bien no en el grado extremo de Acario Cotapos. Recuerdo que una vez, mientras bebíamos algo en la cafetería del Pedagógico en Alameda con Cumming, me pidió que humedeciera con mi lengua el borde engomado de la carta que tenía en mano y que debía despachar, y al preguntarle yo por qué no lo hacía él me respondió tranquilamente que por temor a contraer una cierta enfermedad venérea. Pero esto aparte, Alfonso era uno de los lectores más voraces que he conocido, y su memoria era un archivo, o, como se dice hoy, una portentosa banca de datos viviente. Sus notas sobre Neruda, recogidas en el libro *Memorias de memoria* (Universitaria, 1990), son muy inteligentes y sabrosas.

El otro compañero de curso era Cedomil Goic. A quienes lo conocen sólo como el atildado y siempre compuesto catedrático, como el enciclopédico conocedor e historiador de la literatura hispanoamericana, en suma, como el riguroso, flemático e imperturbable intelectual de gran clase que siempre parece saliendo del set de alguna película inglesa filmada en Oxford junto a Anthony Hopkins y al inspector Morse, quizás les sea difícil imaginar al joven estudiante Goic en un estadio y en pantalones cortos corriendo los 100 y los 200 metros planos y ganándole a Egon Wolff entre otros rivales, aunque con marcas a decir verdad poco memorables, o bien jugando básquetbol en team con Félix Martínez Bonati y con Wilfredo Casanova, o en una misma escuadra de fútbol con el filólogo Mario Ferreccio, de quien persiste la leyenda de que con el balón en los pies era casi mejor que preparando la edición crítica de la *Histórica Relación* del padre Ovalle, cuya excelencia nadie discute.

De esa misma época, si bien de otro curso sucesivo, es mi amigo Pedro Lastra, a quien debo su apoyo para acceder al equipo docente de la Universidad de Chile. Pero a Pedro le debo sobre todo haberme dejado solo una mañana en su casa de calle Diego de Almagro, él tuvo que salir a sus asuntos y me dejó en compañía del escritor peruano José María Arguedas, quien me contó chistes serranos y por más de una hora cantó para mí, sólo para mí, una serie inolvidable de canciones en lengua quechua de las que yo no entendía nada, claro, pero ni falta que hacía, porque Arguedas las sabía cantar y comunicar en modo maravilloso.

Pero volvamos a 1951, que fue particularmente memorable para mí porque durante ese año hubo un medio minuto de silencio que decidí para siempre el perfil de mi vida de estudioso. Un domingo soleado de primavera, cerca del mediodía, caminábamos con Carlos Orellana por una calle del centro, talvez Catedral, en dirección a Plaza de Armas, cuando vimos venir en dirección contraria a nuestro profesor de literatura española don Juan Uribe Echevarría, hombre alto, calvo y rubicundo, robusto y exuberante, dotado de un hablar fuerte, campechano y coloquial como los textos de poesía popular y folclórica a que dedicaba buena parte de sus energías. Era un profesor fuera de lo común por estilo de docencia y de vida, de la que poco se sabía y sobre la cual se tejían misterios y se verificaban extravagancias. Una de ellas era la de vestir habitualmente

de blanco en primavera, otoño y verano, y quizás hasta en invierno bajo su contundente sobretodo, y eso en un país donde vestir los hombres con ropa de color apenas más claro que el gris oscuro todavía hoy es considerado como signo de excentricidad y bizarría. Precisemos sin embargo que en el traje de don Juan la blancura solía no ser impecable ni mucho menos, y que talvez exhibía algunas arrugas de más, pero a nuestros ojos eso no disminuía en nada la estatura humana de un profesor lleno de iniciativas y dotado de una generosidad intelectual muy poco frecuente.

Así lo vimos venir aquel domingo Carlos y yo, y se notaba que ya había practicado brevemente el rito del aperitivo con amigos. «Hola, cabros», nos dijo de entrada, y luego nos preguntó por nuestras tesis de grado ya que éramos de la promoción del '48. Carlos le refirió estar trabajando sobre la narrativa de Miguel Ángel Asturias, «natural —comentó don Juan—, tú eres guatemalteco también», y cuando se dirigió a mí declaré que había empezado a trabajar una tesis sobre don Luis de Góngora y Argote junto a una compañera del curso, Alicia Galaz Vivar, de quien por entonces yo andaba terriblemente enamorado, ella abordando la *Fábula de Polifemo y Galatea*, y yo la *Fábula de Píramo y Tisbe*, si no recuerdo mal.

Don Juan me preguntó entonces si conocía un reciente ensayo de Gerardo Diego sobre Góngora. Cuando respondí que no, él dijo una palabrota (que no repetiré) y luego me miró en silencio por aquel medio minuto decisivo, al cabo del cual me dijo estas palabras: «Mira, cabro, por mucho que tú escribas la mejor tesis que sea posible escribir en Chile sobre Góngora, vas a llegar siempre *placé* porque delante de ti llegarán siempre Dámaso Alonso, Pedro Salinas, el mismo Gerardo Diego, Alemany, Spitzer, Vossler, en fin, todos los especialistas españoles y europeos. Al revés, si te dedicas a un autor chileno o a una obra reciente poco estudiada, pero que valgan la pena, aunque escribas una porquería de tesis igual te van a citar siempre, porque fuiste el primero. Por ejemplo, y ya que eres comunista, ¿por qué no trabajas tu tesis sobre el *Canto general* de tu camarada Neruda, que se publicó recién el año pasado?»

No hace falta que enfatice el impacto que tuvo sobre mí este consejo de mi profesor Juan Uribe Echevarría, a quien evoco aquí con gratitud ilimitada. Alicia Galaz siguió adelante con su Góngora, del que años más tarde publicará una excelente antología y varios ensayos, aparte algunos libros de muy buena

poesía, y murió no hace mucho en Estados Unidos. Rindo aquí homenaje a su memoria. Por mi parte, yo venía acercándome a Neruda sin saberlo, a través de sus amigos, desde mis años de secundaria. Rubén Azócar me había tomado examen en Santiago y Yolando Pino Saavedra en Valparaíso. En 1942 Rubén me puso el único 7 en Castellano de que había memoria en los terribles exámenes que presidió como jefe de comisión en el Instituto Zambrano de la Estación Central, y Yolando Pino me había felicitado por mi prueba de bachillerato a fines de 1947. Ese año yo había comprado en una librería del puerto mi primer Neruda, los *Veinte poemas* en la célebre edición pirata impresa y reimpressa en Buenos Aires por la Editorial Tor desde 1933, que traía como prólogo un poema del argentino Lisardo Zía, “Retrato de un poeta”, cuyos primeros versos nunca he olvidado: «Este / Neruda, / tan vertical sobre la móvil tierra, / del Norte al Sur, del Este hasta el Oeste, / con su nombre guerrero y con su guerra.»

A Salvador Allende y a Pablo Neruda los conocí de persona, casi simultáneamente, durante la primavera de 1952. A mediados de agosto de ese año había vuelto Neruda de sus tres años de exilio en Europa. Poco después hubo elección presidencial a cuatro candidatos, como ahora, y como ahora el candidato de los comunistas, Salvador Allende, era el que tenía menos opción. Neruda regresaba lleno de fervor político y de amor (clandestino) por Matilde, y se sumó de inmediato a la campaña electoral. A fines de agosto vino Allende a mi pueblo, Talagante, para la proclamación final en la plaza, pero en el local del partido habíamos logrado reunir sólo a nueve personas, por lo que muy embarazados sugerimos una proclamación ‘privada’, allí dentro del local. Para mi sorpresa, Allende rechazó la idea y dispuso salir a la calle enseguida, «traigo un arma secreta», agregó, y era un megáfono a pilas, gran novedad tecnológica entonces, y así desfilaron muy orondos los ‘nueve de la fama’ por la calle principal de Talagante hasta la plaza, encabezados por el candidato mismo que con su megáfono atrajo el interés de los vecinos que nos flanquearon desde ambas aceras a lo largo de todo el trayecto, convirtiendo la esmirriada marcha de los nueve en un inimaginable éxito de público. Desde entonces yo admiré muy de veras a Salvador Allende y las cuatro veces que voté por él, o sea mis cuatro únicas presidenciales (1952, 1958, 1964 y 1970), lo voté con real convic-

ción, y no sólo por disposición de mi partido. Según acabo de contarles, demás está agregar que me pagó muy, pero muy bien.

A comienzos de noviembre de 1952 Pablo Neruda me recibió en *Michoacán*, su casa de Avenida Lynch, en un sector que entonces llamaban Los Guindos. Se manifestó muy contento de que me ocupase de uno de sus últimos libros, *Canto general*, y no de los consabidos *Veinte poemas* o de *Residencia en la tierra*. No le gustaban los lectores inmóviles, fijos en sus libros de juventud.

Para premiarme, Pablo me invitó a recorrer en su compañía y conversación el jardín de su casa. Me presentó con mal disimulado orgullo el álamo que había plantado poco antes de entrar en clandestinidad, a comienzos de 1948, y que ahora era ya un árbol robusto. También me mostró los castaños y me contó, anticipándome lo que leería pocos días después en una revista, que esos árboles no lo habían reconocido al volver y que se negaban a germinar en plena primavera. «Cada día fui a visitarlos, pues comprendía que necesitaban mi homenaje, y en el frío de la mañana me quedé inmóvil bajo las ramas sin hojas hasta que un día un tímido brote verde, muy lejos en lo alto, salió a mirarme y luego vinieron otros.» (*Vistazo*, n° 12, Santiago, 11.11.1952). Entonces empecé a comprender la singular relación que tenía Pablo con los objetos naturales, y también con los objetos culturales como son los libros, pues luego me mostró su maravillosa biblioteca y su colección de caracolas, y allí me regaló, con amable dedicatoria en tinta verde, la versión facsimilar, pero reducida al formato 17 x 11 cm, del monumental *Canto general* mexicano de 1950.

Hasta entonces yo había trabajado mi tesis sobre un ejemplar del *Canto general* publicado en Chile por el Partido Comunista, también en 1950, con ilustraciones de Venturelli. Esta singular edición estableció un auténtico record en la historia mundial de la tipografía, sí señor, pues haber publicado clandestinamente, burlando la persecución policial del gobierno de González Videla (que en 1948 había puesto fuera de la ley al Partido Comunista), 5.000 ejemplares de un libro de casi 500 páginas, venciendo las enormes dificultades y riesgos que suponía recibir, traspasar, reunir, ordenar y disponer para la imprenta una enorme cantidad de originales, más la confección material de los 5 mil volumones, todo aquello fue de verdad una proeza editorial que merece ser recordada y admirada. Pero claro está que una tal edición no

podía carecer de fallas y erratas, por lo cual el regalo de la edición mexicana fue para mí precioso en todos los sentidos posibles e imaginables.

Así comenzó mi amistad con Neruda, que duró hasta su muerte en 1973. Hubo sin embargo una breve interrupción en 1970, cuando publiqué en el diario *El Siglo* una favorable reseña del *Ensayo de otro mundo* de Roberto Fernández Retamar, quien era su enemigo desde 1966 por aquello de la carta abierta de los intelectuales cubanos. El 04.08.1970 Pablo me envió en cambio una carta cerrada, y de ruptura, porque para él mi juicio sobre el libro de Retamar era incompatible con nuestra amistad. Prácticamente me acusaba de traición. Y cuando él creía eso, era absolutamente implacable, tajante y definitivo. Por lo cual es extraño que exista otra carta, con fecha 09.11.1970, en la que Pablo me devuelve su amistad. Extraño e interesante para comprender la compleja dinámica de la psicología o carácter del poeta. ¿Por qué Neruda me devolvió la amistad que recién me había retirado? Para quienes conocieron a Neruda, el fenómeno era muy raro, de veras insólito: sobran dedos en una mano para contar casos similares en su trayectoria. Neruda rompía, y se acabó, sin vuelta.

La clave es mi respuesta a Pablo. Aunque en su carta me ordenaba explícitamente no responder, no le hice caso. Yo sabía por qué me había escrito así, yo sabía que su máximo temor era el de la traición a su amistad o confianza concedidas. Así había sucedido, a sus ojos, por ejemplo con Mario Ferrero que se alineó al grupo rokhiano, o con Efraín Barquero entre varios otros. Pero en mi caso se equivocaba. Con el exilio perdí la copia de mi carta, que demoró un poco, pero recuerdo que comencé contraatacando con una violencia que de seguro Pablo no esperaba: algo así como «Pablo, no sé qué te has imaginado, pero ya estoy grandecito como para que alguien, incluso tú, me venga a decir sobre quién o qué cosa debo escribir, o me venga a indicar quién puede, o no, ser mi amigo.» Éste fue el tono del comienzo de mi respuesta.

Sólo recientemente, muchos años más tarde, fui capaz de ver claro y reconocer que Pablo tenía razón en lo de Retamar, el «sargento literario» de sus memorias, y hasta hoy me avergüenza no haber sabido comprender a fondo, mientras Pablo vivió, cuánto era injusta y ofensiva la carta de los cubanos hacia su dignidad política de revolucionario, y cuánto le dolió justamente por eso, y cuánta rabia debió tragar porque la razón política

le impedía responder al verdadero mandante del mensaje. [Por eso en 2004 publiqué en Santiago, y después en un diario de Ciudad de México, una “Carta abierta a Roberto Fernández Retamar” planteando la necesidad de que el gobierno cubano, o mejor Fidel en persona, hicieran un gesto de desagravio a Pablo Neruda, un gesto público y mundialmente difundido como lo fue la carta de 1966, admitiendo el error de haber cuestionado la condición revolucionaria del poeta y reconociéndole el valor de haber sido consecuente hasta el final y de no haber jamás atacado a la revolución cubana, a pesar de la ira.]

Sin embargo, en 1970 yo fui honesto al escribirle así a Pablo, y al protestar mi derecho a ser también amigo de Retamar. Me interesaba dejarlo en claro para después concluir mi respuesta de este modo: «Pero, querido Pablo, no me confundas con los Ferreros ni con los otros que te han traicionado. Yo jamás te traicionaré. Yo elegí libremente, hace ya una docena de años y antes de conocerte, ocuparme de tu poesía con dedicación total y al mejor nivel que me fuera posible, y te digo, Pablo, que lo seguiré haciendo mientras viva y que me importa un rábano lo que tú pienses al respecto, y si eso te parece bien o no.»

Al cabo de algunos días recibí la carta del 09.11, y además Pablo me llamó por teléfono invitándome de nuevo a Isla Negra, más o menos con estas palabras: «Matilde ha bajado del entretecho una botella de vino que está allí desde hace diez años, queremos que vengas a tomarla con nosotros. ¿Puedes venir pasado mañana?» La alusión a los *diez años* era un signo, un guiño intencional y honroso para mí, porque correspondía a un período singular en su vida con Matilde, y Pablo sabía que yo lo sabía. Fue así que volví a frecuentar Isla Negra y a pasar allí dos o tres días y a veces semanas enteras. Sólo mi respuesta puede explicar esta excepción que hizo Pablo a las implacables reglas que su orgullo le dictaba, excepción que, para mí, cuenta como una gran medalla de oro en mi pecho y en mi vida.

Mi amistad con Pablo se prolongó más allá de su muerte pues fui uno de los nueve (otra vez ‘los nueve de la fama’) que incluyendo a Matilde lo velamos la noche del 24 al 25 de septiembre de 1973 en La Chascona con ventanas y puertas rotas, una casa agredida por el odio y no para robar, con el caos de objetos maravillosos por el suelo y pinturas valiosas literalmente pasadas a cuchillo. Estuve también en el cortejo fúne-

bre del día 25, y en la Avenida La Paz, cuando Pancho Coloane, dos filas detrás de mí, vociferó con su vozarrón inolvidable el nombre más prohibido en ese momento, «¡Compañero Salvador Allende!», yo fui uno de los que gritaron, o más bien aullaron de puro miedo animal la respuesta de rigor, «¡Presente!», mientras en ambas aceras filas compactas de soldados, con sus metralletas en ristre, nos flanqueaban, y yo esperando la ráfaga que me tocaba. Nunca como en ese momento me he sentido tan cerca de la muerte: bastaba un soldado nervioso al que se le escapara una bala y yo no estaría aquí contando el cuento.

Pero nada de eso ocurrió y pudimos por fin entrar al Cementerio General, todos llorando de conmoción por la escapada, y aún preguntándonos ¿por qué no dispararon? Sabíamos que los golpistas no se habían detenido ante nada, sabíamos que habían asesinado a ese ángel que fue Víctor Jara, sabíamos que incluso habían bombardeado sin necesidad el palacio de La Moneda, símbolo de esa tradición de institucionalidad con que los chilenos nos llenábamos la boca, y en fin, sabíamos que por mucho menos de lo que acabábamos de hacer nosotros había en todo el país gente muerta, torturada o desaparecida para siempre.

Y sin embargo un poeta los paralizó esa mañana, los rindió impotentes y nos cubrió a nosotros, los del cortejo insolente, con un escudo mágico. De este modo el funeral de Neruda se llenó de un significado totalmente imprevisto, porque sin pretenderlo se transformó de hecho en la primera manifestación pública contra la Junta Militar. Ese funeral vigilado —corajudo y popular— fue la primera batalla póstuma de Neruda. Y, así como el Cid Campeador ganó su legendaria batalla póstuma, así también Neruda ganó la suya. La prueba es que yo estoy aquí, 36 años después, sobreviviente de esa batalla que he querido recordarles, sin ánimo polémico, sólo para mostrar cómo en mi trayectoria académica he tenido que nacer dos veces, una en Chile 1952, otra en Italia 1973, y cómo en ambos nacimientos fui apadrinado por las mismas dos personas: Salvador Allende y Pablo Neruda.

Bueno, se me acabó el tiempo. Quiero sólo agregar que mi nacimiento italiano se ha prolongado en Chile durante los últimos años, cerrando parcialmente el círculo, o mejor, creando una especie de alternancia entre Sássari y Santiago. He podido volver a enseñar en mi ateneo de origen, la Universidad de Chile, y he podido publicar en mi país de origen el

primer volumen de una ambiciosa biografía de Pablo Neruda, editado por Planeta en 2006. Pero que pudo no haber aparecido porque a comienzos de ese 2006, como en 1973, hubo otro día 6, el 6 de enero, en el que mi muy querido amigo el doctor Alejandro Cotera, director del Departamento de Medicina de la Universidad de Chile en el viejo hospital J. J. Aguirre, nefrólogo y nerudólogo por partes iguales, al disponer o promover una intervención clínica que no parecía indispensable de hecho me salvó la vida. Lo cual hizo posible además que ese mismo 2006 apareciera el primer número de la revista *nerudiana*, editada semestralmente por la Fundación Pablo Neruda bajo mi dirección, que ha publicado ya 7 números y está por publicar el octavo, duración poco frecuente para una revista literaria en Chile.

Entre Sássari y Santiago estoy completando un volumen dedicado a Neruda dentro de la serie «ediciones conmemorativas» publicada por el esfuerzo conjunto de la Real Academia Española, de la Academia Chilena de la Lengua y de la editorial Alfaguara del grupo Santillana, volumen que bajo el título *Pablo Neruda / Antología Mayor* será presentado en ocasión del V Congreso Internacional de la Lengua Española, a celebrarse en Valparaíso, marzo 2010, año del Bicentenario. Y también entre Sassari y Santiago estoy escribiendo, también para 2010, el segundo volumen de mi biografía de Neruda, grave tarea en la que me sostienen el cariño de mis hermanas Enid y Adriana, el de mi hermano Luis Alejandro y el del resto del clan familiar, aparte el apoyo logístico de Alejandro Cotera, de Nuriel dín Hermosilla y de Lily Robres, quienes por separado han querido asumir la dura tarea de leer y comentar los originales que voy produciendo, lo cual es una ayuda impagable que todo escritor necesita, reconoce y, naturalmente, agradece. Es lo que aquí hago para concluir, además de reiterar mi gratitud a los académicos señores Matus, Sánchez, Samaniego y Massone, y a todos los señores académicos que la aprobaron, por el honor y la inmerecida distinción que a través de esta ceremonia de incorporación me han otorgado. Muchas gracias. ♦

Santiago de Chile, 30 de noviembre de 2009.

** Este documento se publica como suplemento a Nerudiana n° 8 por acuerdo unánime del Directorio de la Fundación Pablo Neruda.*